AQUEL DILUVIO DE OTOÑO

AQUEL DILUVIO DE OTOÑO

Carlos Andrade Caamaño

nowtilus

Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: Aquel diluvio de otoño
Autor: © Carlos Andrade Caamaño

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Andrade Asociados
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-469 -4

A Teresa Beteta que siempre me animó a escribir,
a mis hijos; y a mi hermano Vicente Gómez.

ÍNDICE

PRÓLOGO 13

PRIMERA PARTE 17

Capítulo I 19
Capítulo II 53
Capítulo III 87
Capítulo IV 119
Capítulo V 147

SEGUNDA PARTE 179

Capítulo I 181
Capítulo II 211
Capítulo III 243
Capítulo IV 271
Capítulo V 301
Capítulo VI 337
Capítulo VII 363

Siempre he deseado agradar. Me ha dolido siempre
la indiferencia ajena. Huérfano de la fortuna tengo,
como todos los huérfanos, la necesidad de ser
afecto de alguien. He pasado siempre hambre de la
realización de esa necesidad. Tanto me he
adaptado a ese hambre inútil que a
veces no sé si siento necesidad de comer.

PESSOA

PRÓLOGO

Hace unos años, cuando Carlos Andrade me leía algunos fragmentos del borrador de su novela ambientada en Nublos, el pequeño pueblo gallego bañado por el melancólico río Lágrimas, yo seguía aquella historia poniendo atención sobre todo en sus personajes y asumiendo sin problemas aquel lugar del norte de España para mí desconocido. Nublos se me antojaba pequeño, agrícola, hambriento y lluvioso. Era como tantos otros pueblos gallegos de la posguerra, un paisaje emboscado por el infortunio. No podía haber nombre más propicio para aquel enclave ni bautizo mejor para aquel río.

Así, durante mucho tiempo asumí que era mi ignorancia topográfica lo que permitió que cayera tan fácilmente en la trampa de su existencia, que me rindiese a la nitidez de su paisaje y a la lluvia pertinaz que iba lentamente llenando de nostalgia y ensueño aquel territorio tan gallego. Pero no era mi ignorancia —o no solo…— sino la convicción y el ímpetu con que Andrade había creado aquella suave orografía por la que discurre la vida de sus personajes, hasta otorgarle el derecho a existir como otra comarca cualquiera. Y es que la sofisticada persuasión que requiere una novela no puede

cumplirse si en el creador de ese mundo no hay un intenso fervor y una gran convicción acerca de lo que nos está contando, como ocurre con esta novela. Como sabemos, ello responde a un conocido axioma literario: *si el narrador no se cree lo que cuenta, el lector tampoco se lo creerá*. Por eso las buenas novelas suelen contagiar ese entusiasmo del narrador hasta el punto de que los lectores terminan persuadidos, entregados sin paliativos a esa certidumbre engañosa en la que se enredan página a página: ganados por esa blanda fiebre es que se produce la necesaria suspensión momentánea de nuestro raciocinio para adentrarnos sin problemas ni objeciones en una buena ficción narrativa.

Debido a ello, *Aquel diluvio de otoño* es el tipo de novela que suele gustar a quienes exigen de la literatura algo más que un pasatiempo, o en todo caso un pasatiempo que a la vez sea inteligente, arduo y a veces áspero. No porque la novela resulte difícil o enrevesada —al contrario— sino porque demanda una total complicidad por parte del lector, una postura alejada de la indiferencia, una implicación que su conjunto de personajes reclama como carta de ciudadanía.

La historia del pequeño Orestes y la del boxeador Bruno Broa, la trágica vida de Chuco Lagoa o la del catedrático Manuel, así como la de los demás personajes, se va convirtiendo paulatinamente en un retablo que se nos antoja inexplicablemente familiar y conocido, probablemente porque las muchas historias que se entrecruzan y se bifurcan una y otra vez están llenas de entusiasmos, melancolías, derrotas y triunfos —el material del que se compone la vida— o quizá porque todos ellos han sido rozados en algún momento por el ángel del infortunio y sin embargo alcanzan a salvarse casi postreramente gracias a esa callada obstinación con que alguna gente enfrenta su destino: todos los moradores de Nublos y alrededores participan así de un vínculo intenso y oscuro que arroja sobre los lectores la certidumbre de su existencia, de sus secretos y de su pasado: se vuelven reales y

tangibles no solo porque están bien contados sino porque de alguna forma nos vemos vagamente similares, de alguna manera parecidos a cualquiera de ellos. Ciertamente, *Aquel diluvio de otoño* no es una novela de la que se sale indemne. Pero creo que eso es precisamente lo que nos ocurre con las buenas ficciones: permanecen enterradas en lo más hondo de nosotros durante mucho tiempo.

Jorge Eduardo Benavides

Madrid, agosto de 2007

PRIMERA PARTE

I

Conocí los sudarios habitados y las bujías del dolor.
ANTONIO GAMONEDA

La luz entraba como un cuchillo por el nido de araña del ventanuco roto. El haz proyectaba en el crío la telaraña a veces deslucida por el ardor del fuego. Afuera se oían los llantos de las plañideras y las nubes enlutaban el claror del día.

Tenía los codos sobre las rodillas y las manos encajadas en la cara. Parecía que aceptase toda aquella penalidad como si de un destino ajeno e indiferente se tratara. De pronto un rayo alumbró la era. Entonces, los meñiques golpetearon el entrecejo y el viento azotó duramente los hilos de la telaraña. Todo lo peor de aquella hacienda, antaño esplendorosa, se le vino encima como si fuera un corrimiento tierra, comentábamos en la taberna.

Dejó de tamborilear. En la casona principal arreciaban los llantos, los vecinos se asomaban, se oían pésames, te acompaño en el sentimiento... Con el pie apartó el librejo de estraza y llevó los dedos menudos como fideos a los troncos de atizar la hoguera, que nunca debía dejar de arder, ya le habían advertido. Pronto vendrían a coserle el botón del luto. Añadió leña al pote y miró con desdén lo que le acompañaba en el derrumbe: el escudo de piedra en el rincón que ahora servía para sentarse a desgranar maíz. Emblemas, blasones

familiares, toda aquella panoplia inútil y rota que para qué serviría. No pudo evitar una mirada rápida al armatoste arrimado a la pared, que estaba envuelto en unas mantas viejas. Se puso nervioso: un tirante cruzado, el otro caído, tenía nueve años aún no cumplidos y casi había aprendido a leer y a escribir antes que a mamar.

Escondió en la albarda el diario de estraza y merodeó alrededor de aquel trasto; tocó con la mano la manta zarrapastrosa. De la grima dio un respingo y se revolvió como la manivela de un molinillo de café. Un sudor frío recorrió su cuerpo flaco. Con la abundancia que tuvieron en aquella casa, coño, repetía Che, el tabernero, entre copas, carraspeos y el ruido de las fichas de dominó al golpear contra la mesa.

Orestes no se dio por vencido. Llevado por la curiosidad levantó una esquina de la manta atada con trozos de cordel anudados. Nervioso, tocó la madera, tanteó los clavos, tragó saliva. Estaba dispuesto a saciar la curiosidad que le despertaba el tétrico cajón aunque vomitara el corazón por la boca. El agua del pote comenzaba a hervir; cogió el banquito y lo acercó al torvo artilugio para ver qué era el bulto que sobresalía del resto del cajón. Ya puesto, desató el cordón, aún quedaba tierra de la última vez. Era una cuerda recogida, que con maestría marinera enganchaba una espoleta que abría los cerrojos de las compuertas y tiraba el muerto a la tierra como los reos de un cadalso. Con los buenos entierros que se hacían en esta familia, Alfonso, comentamos en el último entierro, con el ataúd vacío de regreso a casa.

Mientras Orestes desafiaba al tiramuertos, llegaba por la carretera la diáspora de hermanos emigrados por esos mundos de Dios. Venían con sus atillos de ropa bajo el brazo, despeinados después de varios días sin dormir en algún vagón de tercera. Tenían los brazaletes de tela negra cosidos en las mangas de anteriores ocasiones y ellas habían sacado del baúl el percal de riguroso negro.

Frente a la casa abierta de par en par se arremolinaban los de la aldea para recibir a la bandada de negro plumaje que regresaba al nido, al palomar desde donde volaron para ser libres al fin; sí, libres pueden ser los hambrientos, los tocados de muerte, con ojeras negras y cuencas socavadas como nichos, y las caras trémulas y ajadas como mendrugos de pan. Así se compadecía el catedrático don Manuel mientras permanecía asomado al ventanal de la taberna.

Estaba Orestes embobado, con la mirada extraviada en algún lugar indefinido del cielo, cuando entraron a coserle el botón. El viento seguía castigando severamente la casa de la araña y del fuego apenas quedaban unos rescoldos de luciérnaga. La criatura puso el pecho estoico, apretó los dientes y miró al tiramuertos: No te atrevas a llevarte a mi madre.

Con el botón negro bien cosido al jersey observaba cómo los otros se iban hacia la pared y terminaban de desempaquetar el ataúd. No te quedes mirando y echa una mano, le ordenaron aquellos hombres que al parecer eran hermanos suyos. Vaya vida, me falte el cielo, nunca pudo ver a sus padres y sus doce hermanos sentados en una misma mesa, se lamentó Alfonso Mendes, buen amigo de la familia, apurando el último trago de orujo en la taberna de Che, antes del entierro.

Distraído siguió a sus hermanos que llevaban el tiramuertos desde la palloza a la casa principal. Una atmósfera plomiza apelmazaba el velorio, entre tabaco, lamentos, toses y lloros. Por las ventanas refulgía un sol traicionero. Señuelo absurdo, murmullos inútiles, ora *pro nobis*, Virgen Concebida, ora *pro nobis*. Los quince misterios pesan como losas en la densidad sofocante. Orestes con los ojos revirados observaba pulular a presuntos hermanos. Va, viene, confunde a unos y a otros que van a besarlo. Con la bocamanga limpia besos desconocidos de Suiza, Alemania y Argentina:

—Yo no soy Emilia, soy Ausencia —Orestes miró el lunar que su hermana tenía en la frente. Era redondo, negro y abombado como su botón y por un momento no supo qué decir.

—Pues usted me perdonará —respondió el niño a la hermana irritada por la confusión—. Siento mucho la muerte de su esposo, sobre todo por la niña Finita.

Ausencia, contrariada, apartó de mala uva al chaval y le dijo:

—Yo ni estoy casada, ni soy la más vieja, vaya con el crío.

Fastidiado se llevó las manos a los bolsillos, le daba un poco de miedo el lunar negro de Ausencia y para distraerse se puso a contar pasos: punta, tacón. Otro que le besaba. ¡Qué hastío! De buena gana hubiese ordenado parar ese tiovivo. Uno, dos, tres, cuatro… Se puso a contar hermanos. Uno, falta uno. ¡Trece! Se golpeó el pecho. ¡Faltaba yo! Satisfecho rondó por la casa fingiendo desprecio por los ay, Dios, no te lo lleves que era muy bueno, devuélvenoslo que deja mujer y niña.

Acorazado paseaba por el comedor donde se velaba al muerto, luego salió decidido a la cocina en busca del viejo diccionario que le había regalado Manuel. Otra vez, frente al tiovivo aquel, se acomodó debajo del alfeizar de la ventana que daba a la carretera, muerto, óbito. ¿Qué tal, hombre? Seguía entrando gente. ¿Y el trabajo? El niño levanta la cabeza, el índice en las definiciones.

—¿Y en el país? ¿Os tratan bien?

—Nos tratan —…deceso, duelo—; ahora que… la comida no será la misma, se come y se ahorra.

Cerró el diccionario, se tapó los ojos hasta cegarse la vista.

—Compadre, que siempre nos tengamos que ver en estas, coño, la leche jodida, hombre, cuánto lo siento.

Una imagen en borrilla. Besos, caricias, cruces, bandas negras en las mangas, velos empañados. Minúsculas oquedades de lágrimas en el aserrín.

Cómo seguir fingiendo, cómo no atosigarse con aquella monótona secuencia, pensó mientras los porteadores se cercioraban de que los cerrojos del fondo del ataúd estuviesen echados. Muerto al hombro, las plañideras aumentaron la cadencia a la salida del cadáver. Los efluvios del anís alcanzaban las cotas más altas. Cierto que el cansancio de las noches en vela acen-

tuaba el decaimiento, pero en ningún lugar de Nublos se lloraban mejor los entierros que en la casa de los Lagoa.

El crío llevó el diccionario hasta el carcomido estante y aunque el jolgorio amargo no le afectaba se metió debajo del hueco de las escaleras. Acurrucado contra el baño de la sal de matanza, enterró los dedos en los oídos, un hilillo de sangre se escurría por una oreja. Tenía los ojos cerrados y los dientes castañeaban. La cabeza vibraba de pura tensión. No le afectaban las emociones, ni los llantos, él sí que era un héroe, le decía a veces al catedrático.

Con las palmas en las orejas para aliviar el dolor de oídos se acordó de Finita. Luego se limpió la sangre de los dedos en aquel jersey que le tenían reservado más para funerales que para fiestas y acobardado sacó el cuerpo fuera. ¿Dónde estará Finita? ¿A qué casa la habrán llevado para que no se entere de que es huérfana?, pensó a la carrera aterrorizado por que los ojos de su hermana Angustias, verdes y grandes como un estanque, le echasen de menos.

Alcanzó al cortejo fúnebre en la taberna de Che: vacía de entierro, gallinas picoteando en el barro, toneles arrimados a la pared. Las nubes amenazantes volaban bajas y negras y el sol se había ocultado. Soplaba Levante y la punta de los rizos encaracolados se le metía en los ojos. Orestes los apartaba. Cómo me asedia todo, pensó. Se desvanecía, mientras el viento arrancaba de raíz matas y flores viejas que luego vagaban libres. ¿Cuándo alcanzaré ese espacio libre del que me habla Manuel?, pensó mientras caminaba tras el cortejo fúnebre que ya entraba en las corredoiras que llevaban al cementerio. Los dedos de los pies, encogidos, sufrían con aquellos zapatos de fiesta que le quedaban patucos. El viento azotaba las veredas, ortigas y zarzas, y amenazaba la estabilidad del tiramuertos de ida y vuelta en los altibajos de la senda.

El cura no dejaba de apremiar: Dense prisa, puñetas, que no tengo todo el día. El llanto fácil y el verdadero se confundían con el ladrido de los perros presos en los cepos y el

relincho de una yegua descarada. La comitiva se apiñaba en los estrechos y las espinas se enganchan en la ropa mientras la luna tímida madrugaba alta detrás del campanario que chorreaba sudarios de musgo. No, si nos dará la noche, volvía a lamentarse el clérigo, al tiempo que sacudía con desprecio el agua del calderillo. Lágrimas verdaderas, otras, producto del orujo y el anís, se enterraban en el albero.

Una señora gorda, hoz en mano, segaba hierba enseñando a la luna el trasero bien hermoso; otra, hija o nieta, se agachaba ajena a coger nabizas para el caldo. Al ver pasar a la comitiva, tanto la hija como la nieta se persignan, mientras que la vieja, bautizada en entierros, sigue segando.

Orestes miró al cura y pensó que menudo ser tan despreciable. Los zapatos le recuerdan que nada permanece inalterable. Dios qué dolor de pies, se quejaba, las costuras a punto de reventar.

Llegó la comitiva al pequeño cementerio cubierto de ortigas. Hiedras perversas y otros malditos matojos se alimentaban de viejos marineros de la costa de la muerte; hombres de mar que volvieron secos como la sal del Gran Sol, como el tío Antón, peón caminero, campesinos coceados, parturientas de montes… Y Lagoa, muchos Lagoa criando malvas grandes como eucaliptos.

Orestes miraba abstraído a su madre Milagros llorar cansina apoyada en sus hijas. Rozó una ortiga. Las inmediatas ronchas sobre la piel granate y los picores sustituyen al dolor de pies que le producen los zapatos. El cura continuaba apremiando: Venga, venga, que esta humedad me viene muy mal para la artrosis. Y tú Milagros deja de llorar que no me dejas terminar el responso.

Colocaron el tiramuertos. Dieron un tirón seco, sincronizado, de la cuerda que accionaba la espoleta y se abrió la trampilla. Como un pesado fardo cayó el muerto a la tumba, levantando un montón de polvo. Luego cerraron la trampilla, y después de darle unos puntapiés para sacudirle el barro,

apartaron el armatoste y los asistentes fueron tirando puñados de tierra a la fosa.

—¿Por qué tirarle tierra al muerto si luego se va hartar, Alfonso? —protestó Orestes fuera de sí.

Su hermana Angustias, pequeña pero decidida, tachó de irreverente tal pregunta y delante de todo el mundo le enmendó la plana con una paliza del once. Qué grima ver cómo le cae la tierra en los ojos, qué indiferencia les merece todo esto, qué desprecio.

—Hubiese seguido de tener el diccionario a mano —comentó Alfonso Mendes de regreso a la taberna.

El enterrador miró al niño:

—Eh, chaval, tú que eres muy resabio, ¿quieres que le ponga algo en la tapia de la fosa? El cemento aún está fresco.

—Que perdone a todos los que le cegaron con tierra los ojos.

—Eso es muy largo.

—Pues ponga: Hoy queda una tumba menos para cavar la mía.

—¿Tan pronto piensas morir?

—No, porque quien lo firma es usted.

El enterrador, enojado, dibujó una cruz endeble con la punta de la paleta.

—Pues te digo una cosa: niño refranero, niño puñetero.

El chaval se quedó plantado en medio de la nada que era todo aquello. El enterrador recogió los implementos y restos de arcilla y agregó:

—Ale, niño, que esto no es un parque y voy a echar el candado.

Echó a caminar, se preguntó quién querría robar un muerto y se tiró a la carrera. El zapato descosido, los dedos como un perro con la lengua fuera. Se sacó los zapatos y los tiró a un patatal, sin perder de vista a la comitiva con el tiramuertos vacío al hombro. A ver cuándo abren un camino, me falte el cielo, se lamentaba Alfonso. Orestes apretó el paso:

parecía un tullido escapado de una de película de Buñuel. Descalzo sorteaba guijarros. Virgen de los Inocentes, la que le iba a caer cuando Angustias le echase la vista encima de aquellos pies sin zapatos.

Alcanzó la carretera general, atrás quedaba la taberna y la casa del sastre: la acera de cemento, la moto apoyada a la pared junto al reluciente coche del cura don José con el motor en punto muerto. Un acelerón imprevisto le violentó; el cura había puesto el vehículo en marcha y el niño corrió a toda mecha, no se fiaba de aquel cura destripaperras, así lo matasen. Corre, neno, que el Garbanzo negro es capaz de aplastarte, le gritó desde la era Cheo el capador, e inició la carrera hasta el portalón de la hacienda.

Aún resonaba en el cielo el sonido de la palas, su madre Milagros se secaba las lágrimas y Angustias no había terminado de descalzarse cuando el coche se detuvo delante de la puerta de los Lagoa. Los hombres, una vez tapado el ataúd, marchaban a la taberna a limpiarse el polvo del gaznate y Ausencia se quitaba el velo dejando al descubierto el lunar oscuro como un lamento. Orestes se hizo a un lado de la puerta para dejar paso a aquel mocho negro, asesino de perras, y le despreció con la mirada.

—Vengo a cobrar, Milagros —tenía la sotana cogida para no mancharla de barro y la faltriquera colgaba tiesa llena de dinero.

—¡Pero, don José, qué pronto ha venido usted! Yo le prometo que el primer dinero que entre en esta casa es para pagar a la iglesia. Ruegue por nosotros, don José, en menos de tres meses, bien lo sabe Dios que habrá cobrado usted.

Milagros lloraba de vergüenza en presencia del niño, quien apretaba los dientes y maldecía al cura aquel que atropelló a su perra y nunca se paró a preguntar por su madre enferma.

—La próxima vez me advierten de que me van a pagar a cachos, que gasto más en gasolina de lo que cobro por el entierro.

Milagros, con la nariz roja de tanto pañuelo, sucumbía ante la autoridad con las manos puestas en su maltrecho corazón. Orestes se abrazó a Milagros y sollozó con la cabeza apoyada en las nalgas.

—Don José, repatriar al muerto nos ha dejado sin una perra, sepa usted que desde que el cartero llegó con el telegrama, hemos empeñado hasta los ojos para traer al muerto de Suiza aquí —Milagros dejó caer el pañuelo y se apoyó a la pared. Con los antebrazos se tapaba el rostro, para no sufrir más vergüenza.

El cura lanzó un escupitajo al suelo, mientras murmuró protestando de camino al coche:

—Que no tengo yo tiempo que perder, que a vosotros os lo dan todo hecho.

Los vecinos asomados a las cercas contemplaban enmudecidos la escena.

—Si al final, la iglesia tendrá la culpa de dónde muere la gente —se cargó de razón el clérigo camino de su escarabajo de importación—. Y vosotros, ¡qué miráis!

—Márchese, maldito Garbanzo, vaya a preñar niñas y deje a mamá en paz, demonio disfrazado con sotana.

El cura enojado se recogió la sotana y subió al coche. Caía una cortina de agua que lo enfangaba todo y las nubes negras tapaban con desprecio el repintar del arco iris.

—Tú, no tardando mucho, te veré en un reformatorio —le amenazó el cura con el puño fuera de la ventanilla—. Pero antes, juro por el Altísimo que te he romper la boca, loco cabrón.

Al fin arrancó el cura que un aciago día le destripó a la perrita Nieves en los límites de la cuneta. Nunca sabremos si fue un accidente u odio que el Garbanzo le tenía al niño por ser amigo de don Manuel, el catedrático. El niño se quedó mirando cómo se alejaba el automóvil blanco de importación. Tenía los puños apretados. Un viento furibundo amenazaba con arrancarle la cabellera mientras, en el ventanuco roto, el nido de telaraña roto flameaba a merced del temporal.

2

Los chavales se habían acomodado sobre un tálamo de hierba seca para el invierno para ver uno de los entrenamientos del hijo de Lagoa: las venas de los bíceps, como sogas varicosas a punto de desgarrarse, se estiraban y contraían ante los ojos alucinados de los niños. Unos dorsales como los arbotantes de la catedral de Santiago, brazos como nervaduras y hombros semejantes a los brocados del pórtico de la gloria. Mirad qué abdominales, señaló Liborio el cartero y todos admiramos aquel cuerpo cincelado, parecido a una enorme concha de tortuga que brillaba sudoroso con el sol.

Desnudo de cintura para arriba, había pasado por delante de la taberna con la chiquillería detrás de aquellos cuatro jamelgos ruinosos, mientras Benedicto Lagoa cantaba a voz en grito con las venas del cuello infladas y una nuez en la garganta grande y puntiaguda: Yo no maldigo mi suerte, porque minero nací, y la cuadrilla de chicos le hacía el coro como en aquella película de Antonio Molina. Me falte el cielo si no se está poniendo cuadrado, murmuró Alfonso Mendes, calándose la boina y el resto, aparte de coincidir, aprobaron que Benedicto Lagoa era un gran chaval. Orestes siente una devoción casi mesiánica por Benedicto, precisó don Manuel con aquella voz suya tan celestial, mientras se ajustaba la pajarita.

En aquella tarde de domingo de julio un sol aliviador se posaba sobre los girasoles amenazados por las lluvias de un invierno largo y las crecidas del río. Así, mientras los de la taberna dábamos cuenta de unas copas de caña, las mujeres sacaban los colchones a orear, y los chavales aprovechaban para acercarse al río Lágrimas.

—Qué va, hombre, en esa casa ya solo queda ruindad —matizó el sastre el comentario optimista de Che, el tabernero, quien murmuró que los Lagoa ya iban saliendo a flote.

A continuación, Adolfo el sastre repuso que a él no le gustaba criticar, pero el libro de fiado lo tenía lleno de

renglones con las deudas de Lagoa. Dónde iba que el viejo Chuco no le encargaba un traje, se molestó el sastre.

Liborio se fue a cocer el pan y el sastre aprovechó para, misteriosamente, preguntarnos si sería cierto que el cartero se vestía de noche con los sayos de su madre, y si nos habíamos dado cuenta de cómo había mirado los abdominales del hijo de Lagoa al pasar. Don Manuel dijo que era una costumbre muy fea hablar de quien se va, y de acuerdo con el don nos acercamos al río. Sabíamos que Benedicto aprovechaba las tardes de domingo para perfeccionar la técnica de boxeo, entrenándose lejos de la mirada admonitoria de su padre. Mientras Chuco Lagoa viviese, ninguno de sus trece hijos se encerraría dentro de doce cuerdas a pintar el payaso, ellos eran ganaderos, me cago en la tierra colorada.

Un sol redondo como una hostia enorme lucía alto. Olía a hinojo y las gramíneas, al refulgir, entubaban los pelos largos y ensortijados de Benedicto como luces en un cuadrilátero. Los niños jaleaban, Lolo Vasques, Lamprea, el talludo de Bienvenido, un mocetón que ya se las había tenido tiesas con el cura. También estaba Orestes, quien no le quitaba ojo a su hermano. Observadlo, parece venerar a un Dios, nos señaló don Manuel según estábamos llegando. Efectivamente, así lo parecía. Orestes estaba de rodillas sobre un diccionario, regalo del catedrático don Manuel, con las manos entrelazadas y los ojos entornados para esquivar el fogonazo solar. Miraba a Benedicto ajeno al jolgorio de la chiquillería, y no dejaba de jalear a su hermano:

—Ataca Benedicto, con la izquierda, dobla de derecha.

Lagoa con la guardia alta, era un boxeador a la antigua usanza, aguantaba las andanadas de Bienvenido, que no era mal tipo, pero había tenido una vida adversa y con poca edad ya había pasado por la sombra. Eran épocas de ordeno y mando, de sable y cáliz…, a callar.

Después de unos asaltos de calentamiento, Benedicto cogió un saco y bajó al meandro para llenarlo de arena. Bienvenido encendió un cigarro y le siguió para ayudarle. Entre los dos

subieron el saco y lo colgaron de un álamo. Un cruce de navajas brillantes y afiladas se colaba por el enramado. Las moscas revoloteaban alrededor de la boca abierta de Orestes, y abajo en la aldea se oía el canto de los gallos y a las madres llamar a los niños. Una brisa suave comenzaba a cimbrear los eucaliptos.

—Vamos a bañarnos.

Orestes ni apreció el golpe de Lolo en el hombro para que se metiese con él al agua. Distraídamente espantaba las moscas de la cara, sin apartar la mirada de su hermano. Benedicto había empezado a vendarse las muñecas con aquellos trapos, que eran cualquier cosa menos vendas. El niño mantuvo la cabeza ladeada mientras unas velas como cirios le caían por la nariz, sin perder de vista al aspirante a boxeador. Don Manuel, inquieto, le preguntó si quería irse a casa: Orestes, venga, ven. Todos nos miramos. Al catedrático le preocupaba la atención que el niño ponía. Orestes ni le respondió, se levantó y le acarició la mejilla a Benedicto:

—Déjame ayudarte, Benedicto.

—A mí deben disculparme, tengo una reunión en el Pazo. No te demores, Orestes, tenemos mucha lectura que comentar.

—Sí, maestro —Orestes terminó de vendar a su hermano, le acarició la cara y miró a Manuel, sabía que se marchaba preocupado—. No pase pena don Manuel, tengo casi todo el diccionario leído.

Lagoa armó la guardia, una mirada desafiaba al saco por encima de los puños vendados, y empezó a golpearlo suavemente. A medida que las manos entraron en calor, los jabs fueron más potentes, los ganchos más abiertos y secos. Entretanto Bienvenido se colocó detrás para aguantar el saco: los puños se enterraban en la arena buscando flancos de un rival invisible, y el niño, relamiendo los mocos, no dejaba de mirar, de seguir con veneración divina cada golpe de su hermano. Era demasiado lento, pensó.

Los uppercuts en el saco, el jolgorio de los chapuzones, ninguno vio llegar a Chuco Lagoa.

3

La lluvia no cesaba. Orestes, sobrecogido, protegía la enciclopedia *Álvarez*, mientras esperaba a que escampase acurrucado bajo el capitel de la vieja capilla, temeroso de que se le apareciesen otra vez las visiones que dibujaba en el diario como carta niña libro Honorio. Sobre el barro trazó una cruz para espantar las apariciones y el mal de ojo.

Se recostó contra los portones. Un baldaquín con barrotes policromados cerraba un pequeño altar de verano. No se atrevía a mirar a Santa Lucía, pensó, así me quede ciego que si fuese buena, no viviría el cura. De inmediato se arrepintió persignándose un montón de veces, mientras el autobús con los refineros, mozos y viejos, alumbraba La General. Faltaba media hora para que la negra Elsa abriese la escuela nocturna y le dio por recordar la última vez que sus padres le dejaron que durmiese con ellos. Fuera, Chuco, fuera. Su padre jadeando encima de Milagros. No seas loco, Chuco, ya tenemos trece. Qué calentito estaba con ellos en la cama. Dentro no, Chuco. Ahora que sabía lo que significaban aquellos jadeos, ya no le dejaban compartir cama. Se puso triste al recordar los pezones de mamá, secos como una castaña asada.

Humeaba la chimenea en la taberna de Che. El viento arrastraba del monte un mundo de onomatopeyas: búhos y zorros rivalizaban en la noche. Recordó el viejo reloj de cuco, a saber cuánto hacía que no piaba; el olor a café con achicoria y la mano de mamá Milagros moviendo cadenciosa la manivela del molinillo. Sí, entonces Milagros aún estaba sana, manejaba el ganchillo y hacía tapetes con la corona de los tapones del vino *Savin*, que ponía en los aparadores y encima del barril junto con presentes inútiles como la torre inclinada de Pisa y otros menos alegóricos como la torre Eiffel. En la mesa había una muñeca legionaria, regalo de Silvestre, el mayor.

Una niebla lisboeta le fue cercando, el viento parecía susurrar los versos de Antero de Quental, el poeta preferido

del abuelo: Dejad venir a mí a los que lucharon/ dejad venir a mí a los que padecen. Era culto y dadivoso, ¿verdad Manuel?, conocía de memoria toda la obra del poeta luso, distinguía el rojo de las amapolas y el corazón amarillo de las margaritas.

—Madre, trabajaré lo que quiera pero deme pecho —imploraba—. Déjeme dormir con ustedes.

—Ya eres muy grande para estas cosas, meu fillo.

El silbido del aire, los recuerdos como gotas secuenciales y el cimbreo de los eucaliptos le llenaron de una nostalgia impía y derrotista. Entonces le vino a la memoria la imagen del abuelo José, cuántos versos rimados junto a don Manuel. De eso nada, Manuel, no es tan superficial como tú lo pintas, coño, discutían el abuelo y el catedrático.

Luego evocó el olor a chocolate espeso del día amargo por Navidades.

—Vaya fechas para morirse tiene tu padre, Milagros —se lamentaba el padre de Orestes, Chuco Lagoa—. Orestes nunca conocerá unas pascuas felices ni un día apacible de tormenta, me cago en la tierra colorada.

—Es tan bello un día de sol como uno lluvioso —ponderó el catedrático con la pajarita negra ladeada, mientras fumaba su pipa en el velatorio.

—Vaya, tiene usted salida para todo, don Manuel —respondía su hermana Angustias, con la frente amplia y erguida como una dama isabelina, mientras Orestes se empapaba como una esponja de la sabiduría del catedrático, entre rezos, lloros y lamentos.

El relincho de una yegua le llevó a pensar en su hermano Severino. Era un día tan lluvioso como aquél. Recordó cómo Severino sangraba abundantemente. Le había mordido la burra Catalina en el moflete, ¿por qué no la dejaba en paz? Violador.

—Tú te callas, poetilla mariquilla.

Un rayo iluminó la colina, se estremeció, le amedrentaba tener una de esas visiones. Luego del trueno vino la calma y

volvió a rememorar el día en que la buena de Catalina una vez más había sido mancillada.

—¿Qué te ha pasado en esa cara de lechuga, Severino?

—Me corté segando con la hoz, padre.

—Qué cosas tan raras te pasan, apocado —Chuco Lagoa, movió la cabeza, escupió de la boca un junco remordido, lamentándose por los disparates de su segundo hijo más pequeño—. Ponga cuidado no se vaya a rebanar el cuello.

La lluvia, cargada de arenilla, seguía repicando cansina sobre las campanas de la iglesia que incitaban más al recuerdo. Qué de malo había en que viva de recuerdos, Manuel —se enfurruñaba Orestes—, nada le parece bien. Dibujó una sonrisa al recordar al catedrático y llevado por la añoranza retocó mentalmente la foto de familia de arriba de la alacena. Era de su bautizo. Apretujados como piojos, los más pequeños ni respiraban para salir los trece. Ya no reconocía a gran parte de los hermanos emigrados que enviaban postales, y que su madre ponía encima del barril seco. Un goteo de imágenes interminables: de su hermano Silvestre solo recordaba los galones militares.

Comenzaba a escampar. Una cortinilla densa apelmazaba la luz de la taberna. Iba siendo hora, dedujo, y puso el libro debajo del sobaco. Le gustaba la escuela, estar en soledad, sin que Angustias ni los otros le ordenasen trabajos fatigosos. Pensar, pensar, verdad que no es malo, Manuel. En medio de aquella nebulosa resistente como el platino, las cortinillas de la memoria se abrieron como un teatrito: de qué se iba acordar Orestes, mentiroso, si tú eras muy pequeño, le decían los hermanos, y a Orestes aquello le daba una rabia tremenda, porque se acordaba de todo, de cuando el abuelo ciego ya no iba de maestro a la escuela de Carballo, se persignó. Estaba muy unido a su abuelo, a los contos de Álvaro de Cunqueiro que tan bien contaba.

—Mira Orestiños, no me engañes, ¿digo bien, si estas amapolas son de un rojo más intenso, que las del campo de Manuel?

—¡Sí, abuelo! ¿Cómo lo sabes?

—En la vida, más importante que ver es sentir. Haz caso de este ciego —razonaba el abuelo, mientras el niño le levantaba las gafas ahumadas para cerciorarse de que los ojos del abuelo seguían sellados.

Entonces Orestes le tomaba la mano al abuelo y lo guiaba por el campo para que, con la cabeza ladeada, aspirase hondamente, llenándose de fragancia los sentidos. Y si acaso el aroma dulzón le embriagaba, caso de la rosaleda que había más arriba de la cerca, el abuelo se arrodillaba y le rendía pleitesía platicando con ella un rato.

—Mañana cuando pasemos por aquí, ya verás cómo está de hermosa.

Orestes le tomaba de la mano y le limpiaba las rodilleras de pana marrón.

—Vamos a la batalla —le decía encorvado sobre el bastón, y el niño lo guiaba a casa de Manuel por la vereda que había cerca de los tres caños, donde nacía el río Lágrimas. En el camino jugaba a despistarle, a ver si sabía dónde quedaba el poniente.

—Qué ganas de perder el tiempo, fillo. Si sabes que siempre acierto —afirmaba el abuelo mientras olfateaba—. Mira Orestes, huele este pino. ¿Sientes este olor musgoso y húmedo? Es norte, tiene el sabor inconfundible de los mares.

Una introversión estúpida, tan inútil como morder cantos de guijarros, le llevó a preguntarse: ¡Santa Lucía! ¿Cuántas personas soy? ¿De dónde sale toda esta telaraña de imágenes? ¿Por qué me desdoblo tanto? Giró hacia la santa y le pidió que le asistiese, estaba tan cansado como si tuviese por oficio sujetar los puntales de la tierra. Sintió que desfallecía hasta caer inerte, como le había ocurrido a su abuelo la mañana del adiós. Casi desmayado se dejó vencer sobre el portalón de la capilla. Una imagen borrosa como de una película en blanco y negro, sepia tal vez, se proyectaba en la niebla obscurecida. Caminaban por la era, el niño le había llevado a la cuadra para que hiciese sus necesidades.

—Adiós nieto mío, ya no te doy más la lata.

El viejo se desplomó sobre los matojos de estiércol. Entonces surgieron del cielo como haces encendidos; las nubes se apartaron y los relámpagos descargaron toda su furia contra las rejas del corral de los Lagoa. Las flechas de las verjas quedaron carbonizadas y sobre la tierra se abrió un cráter del tamaño de una fosa.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —Orestes movía los labios, mientras rememoraba el momento en que la tierra se abrió antes sus pies. Tiraba del brazo del vejete para arrastrarle hasta las escaleras del hórreo, donde solían sentarse a comer mazorcas de maíz asadas bajo el pote de tres patas.

Se levantó, tenía la boca pastosa. Con el antebrazo limpió lentamente la enciclopedia. Volvía a lloviznar, olía a eucalipto, a tierra mojada: pequeñas gotas quisquillosas caían del los tirabuzones hasta la punta de la nariz. Pensativo, observó la propias gotas caer al vacío y hacerse añicos como ínfimas vasijas de cristal. Se sentía tan frágil. Solo los cuentos de Cunqueiro, que tan bien contaba su abuelo, le hicieron esbozar una sonrisa mohína: Xose Onega, coñecido por Cerdeira do marco pasouse toda a vida co devezo de ter un loro falador.

A la pérdida del abuelo le había seguido la de la perrita Nieves. Miró hacia la carretera. La chimenea de la taberna de Che se fundía con el espesor de la neblina que lo cegaba todo. ¡Qué frágiles somos!, pensó. Comenzaba a tener frío, a notarse las canillas duras, y dentro de los zuecos de madera notaba los dedos entumecidos. Era tarde, había ensanchado el tiempo en demasía y echó a caminar, poco importaban las llagas de los pies como pompas de jabón, tenía que tirar para delante, pensaba, y solo tenía unos pocos años.

Se limpió las lágrimas y abandonó el soportal. Al fondo del camino renació en Orestes la necesidad de fingir que era un niño como los otros. Quiso silbar y no pudo. Había rebasado las ventanas palilleras del frontal de la taberna, cruzado la carretera general, y apurado el paso hasta la casa de Cheo el

capador. Después de pasar la senda que se estrechaba en la panadería de Liborio, vislumbró una luz oscilante. La luz esperanzadora surgía de un candil. Era de Alfonso Mendes que iba de camino a casa de Lagoa a echar una parrafada con Milagros, la madre de Orestes Lagoa. Para charlas estaba mamá, pensó detenido, mientras observaba meticuloso cómo se balanceaba de un lado a otro la luz del carburo: sombras sobrenaturales, casas aumentadas, pinos alargados al final del camino. Alfonso, como cada noche, caminaba para dar algo de consuelo a su madre enferma. Y aunque Milagros apenas salía del cuarto de puerta corredera, Orestes sabía que hablar con Alfonso le sentaba bien. Ya estaba Alfonso en la empedrada cuesta que subía a la casa de Orestes, y el niño seguía con la mirada el bamboleo del candil, como un péndulo de reloj que ponía límites a las conversaciones de Alfonso y Milagros. Nadie distinguiría aquella figura con piel de lobo, pero Orestes sabía que era Mendes por la llama débil. Si le das mucho, el reflejo no te dejará ver, respondía Alfonso cuando le acusaba de miserias.

La senda se oscureció. El camino se llenó de sombras. Pensó en la estantía, en la Santa Compaña, en el hombre orquesta. El Popy, desaparecido nadie sabía dónde, era un idealista según Manuel, que se ganaba la vida amenizando verbenas y siempre tenía líos de cuartelillo. La historia del Popy le tenía intrigado. Por mucho que pegase la oreja a los tabiques para comprender la desaparición del esposo de la cubana, no era fácil hacerse con la historia, no conseguía atar cabos, y si preguntaba, le decían que cerrase la boca. Según parece era hijo de judíos, escuchó en la taberna.

Un trueno le desterró el pensamiento. El crío, como una liebre, rebasó la huerta del sastre, atajó por la de Froilán y saltó la tapia del tractorista. Jadeante, se paró a recuperar el aliento; volvió a levantarse un aire silbón y la bombilla del poste de la escuela, nerviosa, permaneció encendiéndose y

apagándose. Será mejor que me apure o me caerá un chaparrón, por llegar tarde a la escuela.

Entró a la escuela por la parte de atrás. Toma este paquete, bromeaban. Eran mozos, algunos ya quintos. Orestes intentaba evitarlos a todos menos a Biembe y a Lolo.

—Vamos, todos a clase, venga esos cigarros, fuera —la cubana ocupó con su voz la oscuridad. Ya no tenía el timbre suave, desde la desaparición del hombre orquesta—. Es la última vez que empiezo la clase y se quedan aquí platicando. ¿Pero qué vaina es esta, chicos? Vamos adentro.

Los alumnos eran tipos rudos de campo y algunos como Biembe ya habían dormido un par de veces en el cuartelillo de Carballo. Orestes pasó el cerrojo al cuarterón de abajo y siguió el pasillo para entrar en clase, mientras los quintos bajaban suavemente el humo a los pulmones para observar cómo el niño entraba sigiloso como un zorro. Los mozos se hacían los remolones y esperaron en el umbral de la clase hasta apurar la última hebra del cigarro: uñas amarillentas, boinas agujereadas, para tirar no estaba la cosa.

—Coño, doña Elsa tiene que regañarle a mi maestro que hoy ha llegado tarde —dijo Bienvenido, señalando al chaval que se escabullía entre los corpachones de los gañanes gigantes como bueyes, mientras en la pizarra ya estaba el Careto: manos callosas, pantalones remendados y los machos de los zapatones bien lazados, por si los lobos.

Biembe tomó asiento y le dijo a Orestes que se pasase al día siguiente para que le ayudase con las lecciones, que iba muy atrasado. Así, de paso, le echaba una miradita a su sobrina Azucena que andaría por casa. Orestes, avergonzado se tapó la cara con el antebrazo mientras la cubana le advertía que ya estaba bien de llegar tarde.

—¿Dónde tienes la cabeza últimamente?

Comenzó la clase. Afuera se oían los truenos y por las ventanas se veían los rayos azulones y blancos como las arterias de su mamá enferma.

—Vamos, hombre, tú mismo, la cordillera Cantábrica, ¿dónde está? —la negra Elsa señaló con el puntero un mapa de España pintado en la pizarra.

El Careto, con su cara de zopenco, se encogió de hombros y se puso a mirar desorientado a toda la clase.

—Venga, hombre, que se nos va la noche.

—Y yo qué sé, yo no la tengo —respondió. Elsa le advirtió que estaban en clase y que no quería toros—. Yo le juro por mi madre que no la tengo.

En la vieja casa las carcajadas se mezclaban con los truenos y el temblar de las ventanas. Orestes enmudecido, nada dijo, se estaba poniendo morado, y además los chistes del Careto no tenían gracia porque el muy burro hablaba totalmente en serio.

Arreció una lluvia tenebrosa. El viento siseaba presagios a través de las ventanas traqueteantes. Las contraventanas rotas se abatían desvencijadas y la escuela entera amenazaba con venirse abajo.

—Caramba, chicos, cómo es que en esta tierra suya nunca para de diluviar —dijo Elsa.

Orestes, estremecido, presentía que iba a tener una de aquellas visiones. Se levantó sin decir nada, agarrándose de mesa en mesa. Su cuerpo vibró como en un ataque epiléptico: un hombre caía al suelo de la taberna entre copas de anís. Tío Honorio, murmuró, llevándose varias sillas por delante.

¿Qué le pasará ahora al poetilla?, murmuraron en la escuela.

4

Resguardó los papeles de la lluvia y pensó con sarcasmo que debía proteger al águila imperial. Quizás tiene más de quebrantahuesos que de águila, pensaba al cerrar la trabilla de la gabardina verde. Proteger el matasellos del águila, quién me lo diría.

Manuel continuó camino bajo la llovizna libre y cadenciosa. Guardó con mimo en el bolsillo un libro de sonetos del pesimista Antero, y siguió preguntándose cuándo cesaría todo aquel despropósito de sables. Disfrutaba de caminar bajo la lluvia, le recordaba los tiempos de catedrático en Santiago, los maravillosos ratos de amor con Fausto. Al final, qué traicionero fue y todo por un buen puesto. Sentía las gotas correr anárquicas sobre la nariz sin ningún ánimo de perturbarlas; hilvanaba pensamientos sobre un mundo manifiestamente mejorable; amaba los días de lluvia y así se lo decía al pequeño Orestes.

Dos bocinazos de ómnibus y se apartó a la cuneta para seguir tranquilamente empapándose de recuerdos y manifiestos. Posiblemente hasta la madrugada no pasaría ningún automóvil más, así que tomó el centro de la calzada para empaparse de la belleza de Nublos. Levantó la cabeza, y siguió camino. Con las gafas empañadas apenas divisaba la taberna. Sí, Manuel, lo hecho, hecho está, ningún ser humano tiene la autoridad de Dios para matar a un semejante, la voz del orden debe detener esa ejecución execrable ante los ojos divinos. Era su alegato contra la sentencia de Grimau. La lluvia caía mansa, débil.

Siguió camino y don Manuel, introvertido, ni se percató de que el escarabajo blanco de importación alemana había llegado a su altura.

—Suba, don Manuel —se ofreció el párroco y tiró de la manija de la puerta.

El catedrático miró a don José el Garbancito, asotanado y con gafas oscuras ahumadas, cara de pimentón, mofletes de mala uva.

—Siga, don José —le dijo, él iba a parar en la taberna. El cura consultó el reloj con pulsera de oro.

—Qué más da que vaya a la taberna, ande, suba que yo le acerco.

Las nubes cargadas de agua y empujadas por el viento, cubrieron el campanario de la capilla y Manuel se caló mejor la boina

—Ande, suba, don Manuel, no sea terco —seguía con la puerta del coche abierta; con la otra mano colocó el portarretratos de imán pegado al salpicadero: tres círculos en acero inoxidable con la inscripción "No corras". El cura dejó el portafotos con los rostros de su santidad Pablo VI, el Caudillo y su madre Mercedes perfectamente alineados y miró a de nuevo a Landeira.

Manuel respondió que no, que ya terminaba de empaparse. El Garbanzo dio un tirón de la manija enérgico y encajó la puerta, era un pequeño mala leche al que no le gustaba que le contrariasen.

—Venga coño, me obliga usted a decir unas cosas, que Dios me perdone —se santiguó el clérigo: gotas de barro saltaban del suelo al coche, el cura bajó la ventanilla y limpió con la mano el vaho del parabrisas—. No sea cabezota —el cura se limpió con un paño—. Deje de ir por ahí interpretando el pensamiento de Dios, que para eso hay gente más preparada que usted y que yo.

El catedrático analizaba al cura mientras este retocaba otra vez el portarretratos. Luego se ajustó la pajarita y dejó que hablase el silencio.

—Ande, suba —insistió el párroco—. No diga que ha hecho votos de silencio.

La ventanilla permanecía abierta y la cabeza del cura recorrió con desprecio, de arriba abajo, el cuerpo de Landeira, envidioso quizás de su ropa elegante, del aprecio que todo el mundo tenía por aquella mente despierta y libre.

—Siga usted, don José, llevamos caminos distintos —respondió el catedrático y tan fina ironía embraveció al cura que metió

primera y arrancó con soberbia poniéndole a Manuel los pantalones perdidos de barro.

Entró a la taberna. El humo del tabaco sobrevolaba las cabezas de los peones camineros como nubecillas filamentosas y el olor se mezclaba en una danza invisible con el aroma delicioso de patatas con bacalao que venía de la cocina. Afuera seguía el agua, qué cansina, se quejaba Liborio, el tres en uno (cartero, panadero y pinchanalgas), al abrir la puerta para dejar el correo mientras, impacientes, los peones camineros metían las narices en las tazas de ribeiro, sin dejar de mirar de reojo a don Manuel y a la mesa con los platos vacíos. A esa la iba a poner yo bien, comentaron al ver pasar a Angustias camino de la casa. Y a los futbolistas los traía yo a cavar cunetas, ya verás si corrían, respondió uno al Ferrolano, que dijo que el Barcelona estaba hecho una mierda. Manuel, silencioso, se quitó la gabardina y fue a sentarse cerca de la vieja chimenea cubierta de hollín. Colgó del perchero el impermeable que humeaba al calor de la estufa y se esmeró en limpiar con la manga el libro con los sonetos de Antero. Vaya si le van a gustar a Elsa. Con el pañuelo se desempañó las gafas.

Por un momento las miradas convergieron en Manuel. Uno que era forastero vaciló que a ver quién era ese predicador anglicano con pajarita y americana cruzada con botones de ancla. Alfonso Mendes le advirtió:

—Tú mejor bebe y calla, o te peino a patadas.

—Ande, don Manuel, quítese la chaqueta, que veo que le atrapa una pulmonía, mire que venirse a pie con la que está cayendo.

Landeira enseñó el diente de oro al sonreír, y siguiendo el consejo de Alfonso, se quitó la americana empapada por los hombros, luego llevó el puño a la boca y tosió seco, ronco. Pidió perdón ante la extrañeza de los peones que ignoraban por qué y se puso a leer los sonetos de Antero, herencia del abuelo de Orestes. Llevaba en el meñique un zafiro, era rubio y de piel blanca y se notaba bien su prosapia aristocrática.

Absorto en la lectura, puso el pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta con un movimiento acostumbrado, mientras dibujaba arrugas de asombro en cada soneto.

—Para presumir —dijo Che, pasando la fuente de patatas rojizas con un sofrito de ajo y pimentón picante por delante de las narices de los obreros.

—Muy buena pinta, pero sirve, joder —apremiaron los peones apoderándose de las sillas de la mesa.

Che, con el desgarbo de los tipos altos, anduvo unos pasos torpes, puso la fuente al centro y se quedó plantado con las manos metidas en el mandil. Luego se regodeó un rato observando cómo se tiraban a las tajadas del bacalao y, prepotente, se cruzó de brazos para decir: Anda, vete ya, contestando a Remigio, que había protestado, bueno sí pero un poco salado.

Manuel se llevó las pertenencias al mostrador y se puso a conversar con Mendes y Cheo el capador, vaya tiempo, don, y el catedrático intencionadamente contestó que así era, que vaya tiempos, sí. Añadió después que venía de Carballo para una cita en el juzgado y de paso a comprar algunas cosas para el chaval de los Lagoa.

Los vecinos Alfonso y Cheo se despidieron, no sin antes invitarle a comer: Coma con nosotros, don, y así se calienta un poco, ya se irá después al pazo, ¿qué prisa tiene? Cheo y Alfonso se quedaron un tanto desencantados, disfrutaban de la sabiduría del catedrático y de las cosas que le contaban del más pequeño de los trece que tuvo Milagros Lagoa.

—No, agradecido, mejor tomo algo y me acerco a ver a la cubana.

Esperó paciente en la barra a que el tabernero terminase, entretenido en mirar a través de las ventanas palilleras cegadas. El ambiente vaporoso del local lo apelmazaba todo. Afuera, la Guardia Civil montada a caballo arrastraba a un preso con las manos atadas, la camisa teñida de sangre y los brazos descoyuntados. Iba atado por las muñecas a una cuerda que los guardias sostenían.

El fuerte viento empujaba al chaparrón. Las copas de los árboles más fuertes parecían a punto de quebrarse y los campos anegados se dividían en regueros.

Volvió a mirar. El preso se aleja a trompicones detrás de los caballos que le salpicaban la cara. Qué será esta vez, pensó en voz alta.

—¿Me decía algo, don Manuel? —quiso saber Che, quien tiró al suelo el palillo de hurgar entre los dientes y le sirvió como siempre un vermú rojo con ginebra y unas aceitunitas.

El viento silbaba fuerte al atravesar los intersticios y el agua se filtraba por debajo de la puerta.

—¿Qué ha sido esta vez? —se interesó el catedrático.

—Dos gallinas de Biembe saltaron al corral del cura y el párroco las mató para comérselas. Dicen que la pequeña Azucena es hija de la iglesia.

—Todos somos hijos de la iglesia —puntualizó el don, con el ojo de cristal fijo y el natural puesto en los botes de caramelos, una media sonrisa contenida.

—Sí, pero unos más que otros —aclaró el tabernero y apostilló—: qué te voy a contar del Garbanzo, Manuel, que tú no sepas.

—Pobre Biembe, pues ya se me ha quedado el pequeño Orestes sin alumno, Che. ¿Sabías que se iba a las brañas para enseñarle?

Che le invitó a otro vermú y se puso para él una copa de coñac.

—Parece ser que la noche pasada Biembe, harto de las maneras del cura don José, saltó a las conejeras y les echó a los conejos hierba viciada —carraspeó Che con el primer trago—. No le quedó ni uno vivo, no señor, que le jodan, que bien merecido se lo tenía.

Manuel miraba espesarse el día a través de las ventanas, y se acordó de Biembe: un mozo bien parecido que vio a su padre morir cuando sucedió la primera crecida del diluvio. Tiempo después su madre se escaparía de la mano de un

representante de las máquinas de coser *Singer*, y allí se quedaron abandonados Biembe y su hermana preñada por el cura, decían. Le gustaba pasar largos ratos con Orestes y aunque casi podía ser su hijo, el niño le enseñó las cuatro reglas mientras las vacas pacían. El catedrático se pasó la mano por la barbilla y añadió que tendría que buscarle abogado.

Che dejó de fregar vasos, se secó las manos en el mandil: Deja de enredar, Manolo, que aún tienes pendiente lo otro, hostias, le advirtió con aquel dedo índice, gordo como un plátano. Encima que Biembe te quemó el monte, tú le quieres buscar letrado, anda jódete. Manuel apuró el vermú.

—Por aquel entonces Biembe era un niño, Che, le pagaron, tú sabes quién, y su hermana estaba preñada en la miseria, no lo iba dejar allí.

—¿Qué te debo?

—Nada, tira, que eres de lo que no hay —Che vació la copa de un golpe y la tiró malhumorado en el agua de la pileta.

—Cóbrame, Che —insistió Manuel. Le pidió además que le diera un tarro de cacahuetes que se iba a casa de Elsa, y unos papeles de estraza.

El tabernero depositó la lata de frutos secos sobre la barra, e intrigado se marchó a enrollar los papeles. A cuento de qué tanto papel, Manolo. Le dio las hojas de estraza y con los morros enfurruñados murmuró:

—Siete pesetas.

Manuel se hizo el distraído y puso una moneda de cinco duros sobre el mostrador, luego silbó y se entretuvo en mirar de nuevo la ventana, mientras Che, cargado de curiosidad, volvía a insistir que para qué necesitaba tanta estraza. El tabernero retiró la moneda y volvió con las manos cargadas de cambio, que se lo tenía que dar así, en moneda pequeña. Manuel, sin dejar de sonreír, el ojo de cristal a la frente de Che, miraba al tabernero que volvió a repasar la vuelta para alargar el tiempo.

—Será que me vas hacer la competencia.

Manuel le dejó acercarse y seseando como los de la parte de Camariñas, le dijo que precisaba envolver un regalo para un amigo. El tabernero volcó las vueltas en la mano del catedrático y se quedó con las ganas de saber para qué amigo sería un regalo que precisaba tanta estraza.

—Tenga cuidado. Usted es muy bueno y los hombres muy malos.

Se abotonó la gabardina ya bastante seca y recogió las cosas del mostrador. Salió a la carretera y habló un instante con Adolfo el sastre, que venía empujando la *Guzzi* averiada: las bobinas marca Pietro Panero se encontraban atravesadas sobre el asiento, cubiertas por una lona.

—Y menos mal que ahora ha parado un poco.

Más adelante se cruzó con Benedicto Lagoa. Desde que andaba en el boxeo estaba hecho un mozo, los bíceps y pectorales fuertes como mazos. Le preguntó por Orestes:

—Pero si a Orestes le ve usted más que yo, don Manuel.

El catedrático le despidió con unas palmadas cariñosas y le rogó antes de proseguir que le cuidase mucho, que el niño tenía mucha confianza en él, y que le dijese a la madre que se mejorara. Qué contento se va poner Orestes con los papeles limpios y estirados, como a él le gustan, pensó al reanudar la marcha.

Un rayo primaveral que estalló entre las nubes rosáceas le avivó. Será mejor que me dé prisa, pensó detenido frente a un almendro en flor amenazado por el granizo y apuró el paso hasta el transformador de la luz. Un trueno cimbreó las tacillas de los postes del tendido. Los cuervos acurrucados sobre el alambre de cobre le miraron indiferentes, sin ánimo de alegrarle. Landeira se detuvo inquieto, no estaba en sus mejores días.

En nuestras calles, al anochecer
es tal la lobreguez, hay tal melancolía
que el bullicio, las sombras, la marejada, el tajo
provócanme un deseo absurdo de sufrir.

El *Sentimiento occidental* le llevó al final de la curva. Divisó el amarillo chillón de la casa de Elsa alumbrada por la

tormenta. Menos mal que no es supersticiosa. La electrolisis le hipnotizó en un sueño azul que le hacía mecerse al compás del tendido. Reconoció voces de libertad a países emancipados, consuelo a los oprimidos, cultura y conocimiento al reino de la ignorancia. Bajó la mirada después de imaginarse un telégrafo en casa y el índice encallecido de tanto teclear mensajes. Aquí y allá, versos volando libres, metáforas encadenadas, ensayos como planetas, letras donde no hay escuelas, mensajes cálidos a través del frío metal. Frena, Manuel, que te vas.

El sol asomaba entre las nubes tizonadas que cubrían el cielo. Dentro sonaba un son apagado: el bullicio, el sonido de los vasos y tazas tintineaban en el fregadero sin la cadencia, ni las estrofas superpuestas de Elsa sobre las de Compay: aquel no era el ritmo de otras ocasiones. Desde el umbral la estuvo analizando hasta que la mulata se sintió observada. Entonces Elsa giró sus caderas de balón y sonrió hasta morderse las orejas. Luego se secó las manos en el mandil.

—Qué cosa será esta, chico, que no te oigo y sin embargo presentía que alguien me observa, tú ves.

—En este país, unos más y otros menos, todos nos sentimos vigilados.

—¿A cuento de qué esa cara mustia? —Elsa le ofreció un orujo teñidito de café.

—Quizás mejor un vino —dijo él, viéndola dirigirse a la alacena sin perder la cadencia de la música, chasqueando dedos, moviendo pies, contoneándose al son, tarareando sabroso maní. Saca vasos, vacía ceniceros, ciega, ciega por tu amor. Pone vasos, como tú me enseñaste, Manuel, canta cambiando el nombre a la letra. Abre el aparador, saca el vino, como tú me enseñaste, Manuel; insiste en cambiar la letra, que te sueño, Manuel; pone el índice de uñas largas esmaltadas en rosa en la nariz del catedrático. Pero no era aquella Elsa pizpireta, dicharachera. No, aquella mujer estaba sobreactuando y Manuel lo sabía.

El catedrático observó como por las paredes agrietadas se filtraban penachos de agua sucia manchada de barro, mientras Elsa protestaba, coño de su madre, que cese la lluvia, no vamos ahogar. Luego la maestra, siguió tarareando, después se detuvo y le preguntó si había comido. Manuel le respondió que no, en aquel instante, absorto en los retratos de los indeseables Castro y Franco clavados encima del encerado.

—Déjate ya de mirar y dime qué vaina está pasando, chico, qué son esas citaciones, tuyas, Manuel.

Elsa fumaba, sonreía, intentaba ocultar la desesperación por la ausencia de su marido, Popy. Preocupada se llevaba la mano al bolsillo junto a los enormes pechos (por ellos suspiraba Orestes) para sacar el paquete de Celtas emboquillado.

Encendió el cigarro y apoyó las manos en las rodillas, ligeramente vencida hacia Manuel, la mirada dentro del aula, las mesas astilladas y bancos corridos y pupitres desvencijados. En la pared, el encerado manchado de tiza permanece custodiado por los retratos del general Franco y el comandante Castro, colgados como tenían que estar.

Continuaba platicando la mulata con labios bien carnosos pintados de rojo: Chico no te metas dentro, caracol. Seguía sin cesar en su empeño de sacarle del mutismo. Luego, sin poder remediarlo, hablaron del asunto del Popy.

—No puede ser que la gente se evapore así como así —intentaba Manuel sacar el asunto.

Enseguida, Elsa desvió la atención a los chavales de la aldea. Landeira se preguntó cómo aquella mujer podía estar tan entera. Luego volvió al caparazón y nada pareció importarle hasta que Elsa apagó el cigarrillo en una lata de sardinas y le dijo que el otro día había visto a Orestes venir del molino cargado como un mulo.

Manuel descruzó la pierna, adelantó la silla para acodarse en la mesa y escuchar mejor, luego se repanchingó sobre la silla y estiró las piernas bajo la mesa: hule de palmeras, cocos,

piñas, moscas revoloteando. Aunque impaciente, estiró los papeles muy lentamente. La cubana prendió un cigarrillo con la colilla del otro. No fumes tanto y cuenta, le apremiaba Manuel. Ella soltó unos aros de humo y observó al catedrático, desesperado como una margarita sedienta ante una regadera. La cubana, revoltosa como era, con el cigarrillo levantado entre dos dedos, miró a un punto inconcreto, como a la ventana quizás, mientras Manuel esperaba lleno de ilusión, como niño que rompe el cerdito lleno de monedas.

Las ventanas enseñaban la parte alta del hórreo. En la carretera se oía el chirriar de los ejes de los carros y a las madres llamando a los niños a comer.

Landeira observó cómo al socaire del pajar todo era quietud, sosiego y en vista de que Elsa seguía remolona, comenzó:

—El día que le expliqué cómo sumar y restar cogió unas piedras del suelo y las puso sobre una raya que marcó en la tierra. Es como si lo estuviera viendo, qué sorpresa y qué alegría me dio —Manuel se detuvo para llenar la cazoleta de la pipa—. Cuando quise darme cuenta ya había establecido su propia teoría matemática, sumando y restando piedras sobre la línea marcada. Por entonces, su madre Milagros aún le dejaba chupar del pecho, algunas veces, no siempre —matizó el ex catedrático de Santiago, para ceñirse con justicia a todo lo que Orestes concernía. Terminó de llenar la pipa.

—¡Ni en las mejores capitales de América tuve un chico igual, Manuel!

Landeira desenvolvió el papel de estraza, se limpió las manos con un trapo para no sobarlos; poco importaba que Orestes luego los embadurnase de ceniza.

—Mira Elsa, alisaditos como a él le gustan —ella sonrió y comentó la alegría que le iba a dar.

La cubana encendió otro cigarrillo y durante un momento se quedó con la cerilla suspendida en el aire antes de soplarla.

—Qué extraño, ¿no? —murmuró Manuel.

Ella le preguntó que qué cosa era extraña.

—Me resultaba raro que no descansara delante de su casa, como siempre que tenía molienda —refunfuñó Manuel algo disgustado.

Un sol comedido entraba por la ventana; el afilador se afanaba con la armónica y los gorrinos se enfangaban en las charcas con los hocicos anillados.

—Se han llevado a Biembe. Lo vi pasar delante de la taberna atado como un asesino.

—¡No!

—Sí, al final acabó mal con el cura —sentenció don Manuel y pensó si él tendría la entereza de la cubana para afrontar sus problemas con el Águila.

5

En el rostro cubierto de vaselina se reflejaban en miniatura los focos del cuadrilátero y los flashes madrugadores del público que, enardecido, vociferaba desde los asientos: ¡Ñato, Ñato!

Broa se desentendía de los gritones y, si acaso, miraba con preocupación a las primeras filas desocupadas del ring, con los periódicos encima de las sillas, puestos para cuando salpicase la sangre.

Era muy pronto para el combate de fondo y los que tomaban asiento, sorprendidos de verlo ya sobre el cuadrilátero, lo señalaban con el dedo:

—Mira qué chingado —gritaban, e invertían el pulgar hacia abajo como césares romanos.

Sombreros de mariachis y tejanos distinguían a los espectadores entre sí.

—Te van a joder bien, cuate.

Gorras de béisbol de los espectadores americanos. Bruno Broa los miraba y sonreía sin dejar de saltar sobre las puntillas de los botines; la toalla cruzada al cuello sobre el albornoz, las manos sin vendar. Pronto darían comienzo los combates preliminares que antecedían al Campeonato del Mundo y él se había subido al cuadrilátero para acostumbrarse a la textura de la lona resinosa, a las luces y al público hostil, partidario del mexicano Ñato Pólvora Herrera. Se limpió las cejas de vaselina, soltó una combinación de golpes y siguió botando sobre sí. Los focos candentes arrojaban un chorro de luz sobre la lona blanquecina, molestaban un poco. Se detuvo, hizo unas rotaciones de cintura, como si le acosara el rival y comprobó que, en efecto, el rebrillo era manifiesto. Con mirada calculadora tomó como referencia una de las columnas para saber exactamente dónde debía acorralar al mexicano. Era un boxeador minucioso, exhaustivo. Ya sabemos

dónde hay que arrinconar a Pólvora Herrera, pensaba sin dejar de saltar.

No era un gran pegador, sabido era, pero tenía la agudeza del lince, la elasticidad de Nureiev, y la precisión de un samurái. Nadie colocaba los golpes con la precisión de Bruno Broa, y buscarlo por el ring era como perseguir a un fantasma. Era un boxeador técnico y preciso que estudiaba al segundo cada fase del combate, un ambidiestro que combinaba golpes como un graneo de fusil y cambiaba de guardia con la rapidez de un tahúr. No hubo boxeador conocido que manejara el jab con ambas manos con el prodigio determinante de Bruno Broa.

Preocupado, miró otra vez hacia las sillas vacías. El combate en sí no le rondaba siquiera por la cabeza, salvo pequeños detalles. Suspiró, lanzó tres directos, dejó de saltar y sin querer miró a las sillas vacías y tuvo que tomar aire. Respiró hondo, pronto sobre las sillas descansarían las posaderas de los restos de la estirpe que habían sobrevivido a aquel diluvio de otoño: cuatro hermanos y su padre babeante, era todo lo que quedaba de aquella vasta familia. El resto había muerto o estaban desaparecidos por esos mundos de Dios, pero nunca dieron señales de vida. ¿Podría aguantar las miradas ojerosas de luto, o el olor a formol y urea que ni mil perfumes borrarían? ¿Y con Azucena, podría resistir el compromiso contraído? Este era el último combate, Bruno, a partir de aquí no tendrás otra que enfrentarte al diluvio que siempre te persigue, a las pérdidas ¿por qué no?, le recomendó el psiquiatra don Emérito, y para rematar, Azucena le había dado un ultimátum: Después de Nueva York, no espero más. Volvió a respirar hondo, recordó el día del diluvio encima del castaño y de nuevo graneó el aire con una combinación mientras saltaba sobre las puntillas, los hombros cimbreaban relajados. Ojalá no se acabe nunca este combate, pensó paseando sobre el cuadrilátero sus preocupaciones. Los

silbidos arreciaban: Te vas a joder bien, pinche cabrón. Go home, fucking European!

El ambiente se caldeaba en las gradas altas que ya estaban casi al completo y los canales de televisión habían comenzado a retransmitir. Rostros de actores conocidos en el área *vip*; grandes estrellas del boxeo como Carlos Monzón; magnates como Aristóteles Onassis y el negro Don King, con su maraña de pelos blancos se repartían en todo el graderío.

Subieron los de seguridad y le aconsejaron que entrase a vestuarios para rebajar tensión.

—Aquí son así de aplatanados, compadre, piensan que usted sube a provocar —le dijo uno de los armarios con acento cubano.

Broa, sonriendo, bajó la escalerilla del ring seguido de los gorilas. Se había subido la capucha del albornoz para cubrirse la cara en medio de la rechifla monumental que se levantaba a su paso. Por un momento irguió la cabeza y la sonrisa se desdibujó al ver al niño Antoñito triste. El limpiabotas que un día recogió de la calle se había parado en los túneles de acceso a vestuarios. Su onda del pelo bien engominado y una corbata a rayas, hacían del niño un hombrecito. No puedo fallar, pensó Broa, y entonces volvió a tener conciencia de que pronto debería enfrentarse a los rostros oscurecidos por las pérdidas, seña inequívoca en su familia. Su mirada desfalleció hasta la punta de las botas.

II

Empujaba con fuerza para subir la cuesta empedrada de la calle del Caracol. Tenía que entregar un telegrama en casa de los Lagoa y aún no había hecho la visita obligada al cuartelillo: los pies clavados en el suelo, una mano en el sillín, la otra aferrada al manillar de la bicicleta Orbea, y un emboquillado colgando de los labios: el ojo izquierdo lo llevaba guiñado, para evitar el humo, y el telegrama sin entregar, me cago en mis mulas.

Efectivamente, el día de navidad se había muerto el padre de Milagros Lagoa. Vaya fecha para diñarla, coño. Desde aquel día andaba el cartero con el telegrama encima: una lluvia que lo obturaba todo no había dejado de caer desde el entierro y el tres en uno pensaba que tal vez fuese aquella cortina de agua la que lo dejaba sin ánimo, (no quería ser Liborio el anunciador de otro disgusto), para cumplir con su obligación. Escupió la colilla y la ceniza se le pegó en el tabardo que llevaba una franja negra cosida en la manga por el fallecimiento de su madre.

—Ya estarás contento, primero mataste a tu padre, y ahora me entierras a mí en lo mejor de la vida, malvado —le

espetó la vieja de ciento tres años, el día que el Garbanzo fue para darle la extremaunción. Luego de un manotazo le apartó la cara—. Anda déjate de besuqueos, que ahora ya no tendrás que esconderte para vestirte mis refajos.

Aún tardaría la longeva tres años más en morir, y en la taberna a nadie extrañó que Liborio se hubiese querido suicidar el día que se le encasquilló el arma.

—Anda, coño loco, que no vales ni para suicidarte —le reprendió la anciana después de unas tremendas hostias.

Las ruedas aplastadas por las alforjas a cada lado, y una saca en el cuadro, la puta que la parió cómo pesaba. Clavaba la puntera de los zapatones en la cuesta embarrizada. A la altura de la fuente de los quinces caños, saludó al capador, Qué hubo, Cheo. Saludó al capador, y este respondió que poco negocio, Liborio, poco negocio. Pues córtate tus las pelotas, a mí qué cojones me cuentas, farfulló por lo bajo, y se paró a tomar aliento. Levantó la cabeza. Unas nubes como alazanes trotaban por el cielo a toda hostia: debía de darse prisa o las cartas de los emigrantes corrían el riesgo de empaparse, y el maldito telegrama sin entregar, hay que joderse pensaba cuando tronó la estampida celestial. Continuó:

—Buenos días, don Plácido —saludó al agente municipal ataviado de uniforme blanco, que guiaba con los dedos las puntas de los bigotes, bajo un capote acharolado. El agente dijo que así serían, si no fuese porque llovía y además era día de feria.

Un ruido espantoso abrió centellas en el cielo, en esta puta provincia, el día menos pensado reventaría el cielo. Avivó el ritmo. Al timbre de la oxidada bicicleta parecía que le había dado un ataque de histeria: viejas con gallinas atadas de patas, conejos bocabajo, se cruzaban delante para ponerse a cubierto, y Liborio, maldita su estampa, ¿por qué no habría entregado el telegrama si era su deber? Empujó enfurecido para llegar a la estación. Llegado al trolebús, entregó las sacas

al jefe de taquillas, recogió el recibo y se quedó con las de Carballo y Nublos para repartir:

—¿Tienes algo para mí? —le preguntó Maruja la loca, y él lo mismo de siempre, la apartó y le dijo ande entre en casa, no la vaya a pillar un coche, que quién coño le iba a escribir a usted.

Dejó a la loca hablando sola y aligerado pedaleó hasta el paseo de la alameda. Aparcó la bicicleta y se metió debajo de los soportales a fumarse un cigarro tranquilamente. Un beodo vino a importunarle.

—Afortunado yo que veré a dios dos veces doble.

—Cállate la boca —le advirtió al borracho—, y no me toques los cojones.

Siguió fumando y vio que salía de la librería San Ramón la figura elegante y aristocrática de Manuel. Él no es malo, es la foca negra de la cubana. Miró en ambas direcciones y cuando estuvo seguro de que no le veía nadie, saludó a Manuel discretamente, guárdese usted, también, don, mire qué tiempo tenemos, y don Manuel le dijo que incluso después del diluvio había escampado, y siguió camino bajo la cortina de lluvia.

Como una canica lanzó la colilla al aire y se subió a la Orbea para acercarse al cuartelillo, con dios doña América, saludó a la quiosquera. Que no tenía giro ninguno, doña Lola, ay y a mí que me cuenta, señora, siguió dando pedales. Un latigazo de viento que casi lo tira le hizo levantar la cabeza y vio, bien trajeado como siempre, a Chuco Lagoa montado en su caballo, con mucha pena sentí la pérdida de su suegro, Chuco. Lagoa respondió que no tuviese prisa que el autobús a Nublos tenía avería. Se desmontó de la bici para ponerse las pinzas antes que pillarse el pantalón en la cadena y pensó que tal vez podría entregarle el dichoso telegrama a Chuco. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa de que en aquella casa la diñasen hasta el tato. Decidió que no, que pensaría una manera mejor y siguió esquivando a viejas verduleras con cestas a la

cabeza: ovejas lerdas que se paraban en mitad de la calzada, lecheras con prodigioso equilibrio mantenían los cántaros en la cabeza. Al final del paseo, entre hojas de castaños podridas, estaba el viejo cuartelillo.

Apoyó la bicicleta junto a la garita del guardia con tricornio que le miró con cierto desprecio. Cruzó el patio y entró a la comisaría. Saludó a la entrada a la señora Concepción, que venía de plantar una denuncia contra el cura porque no le devolvía unos gallos que se habían saltado al corral del cura. Pidió ver al comisario. El reloj de la pared había dado las tres y pensó: No llegaré antes de la siete y tengo el horno sin atizar. Luego se sentó afinando el oído para ver qué se oía por allí, y por un momento se olvidó del telegrama. Se sentó. Todos los enredas de la provincia se habían dado cita aquel día en el cuartel, me cago en la puta. Liborio fumaba, se hacía el distraído. Por más que ponía el oído, no conseguían oír nada de los maleantes, estos se tapaban, y precavidos miraban a Liborio de reojo. Cuchichear, cuchichear, que ya me acabaré enterando.

El cartero encendió el último cigarro de emboquillado, tabaco de contrabando que le regalaba el comisario Bermúdez cuando los soplos eran buenos, y empezó a dar signos de impaciencia: se colocaba el flequillo rubio que se le iba a los ojos y se limpiaba las manos sudorosas en el pantalón, mientras en la calle una tromba de granizo dejaba el patio blanco.

—No te vayas Nublos, por favor, que tengo que hablar contigo— reclamó el policía con inusitada amabilidad.

El tres en uno, Liborio, para presumir. Se arriesgó a decirle que se diese prisa, que no tenía todo el día, comisario. Aquel desparpajo no le iba a ser muy útil. El gordo Manteca había tenido un altercado familiar con el melenudo de su hijo que se ponía de parte de Manuel de Landeira, y contra la sentencia del tal Grimau.

—Esto no va durar toda la vida, viejo.

Le había llamado viejo. ¿Pero qué educación le enseñan en esa Universidad de Santiago, esos malditos saboteadores?,

se preguntaba endemoniado, cuando ordenó que pasase el cartero.

Liborio se colocó el flequillo, que qué tal andaba comisario, quiso saber. Bermúdez, camisa azul a punto de reventar las costuras, le dijo que mal, que había tenido una de cojones con el cabrón de su hijo: claro, como hoy se lo damos todo hecho. El cartero concedió que así era y miró asqueado cómo el cuerpo de ciento veinte kilos, chorreaba goterones de sudor sobre el chirriante sillón giratorio: los muelles sobresalían aplastados y en la estancia olía a sebo, a orines de los calabozos y humo de faria.

El comisario tosió, sus mofletes como sandías botaron durante un rato y un cadenón de oro con la imagen de la Dolorosa, saltó de la pechera como pidiendo socorro.

—Bueno, Liborio, bueno. Dejemos de hablar de mi hijo, y dime, cómo va Nublos —había puesto los pies con los zapatos deformados encima de la mesa y por su expresión parecía esperar respuestas concretas.

—No va mal —respondió Liborio, a excepción de otras aldeas, mis paisanos son inteligentes y saben buscárselas para vivir.

Liborio encendió un pitillo y un poco más tranquilo dijo que allí nunca pasaba nada, salvo en la casa de los Lagoa, que van a funeral por mes.

El comisario con la uña afilada se hurgó por un instante la nariz, y después aflojó una maliciosa sonrisilla que de nuevo inquietó a Liborio.

—Que yo sepa, todo en orden. No se angustie, señor Bermúdez, la pareja de la guardia civil patrulla los caminos diariamente, y la gente no causa problemas.

El comisario encendió una faria y expulsó el humo en la cara de Liborio. Luego se atusó el bigotillo finito como una hilera de hormigas, estiró el brazo hasta casi quemarle la frente y le dijo que las informaciones que él tenía no casaban. El catedrático ese que maleaba al pequeño de los Lagoa, no le gustaba.

El cartero tenía la misma sensación que el día aquel en que su madre lo llevó a rastras a la cuadra, y le hizo comer bosta de vaca porque Liborio había osado mandarla a la mierda. Desesperado, cogió un bolígrafo de la mesa. Cuidado no te lo lleves, le avisó el comisario, que había dejado de apuntarle con la faria a la frente, y de los nervios el bolígrafo se le escapó de las manos como una trucha viva. Se tiró casi en plancha a recoger el bolígrafo, era chapado en oro y regalo del gobernador civil, estaba tonto o qué. Bermúdez bajó raudo los pies de la mesa y los puso encima de las manos del cartero.

—Será mejor que me vaya a repartir el correo —suplicó entre alaridos—. Tengo que atizar el horno, cocer, y me gustaría ver esta noche al Madrid en la taberna, señor Manteca...

—¿Entonces, tú no sabes nada del amanerado ese del Catedrático? Pues yo pensaba que sí. Mira qué bien recuerdas mi mote. Según tengo entendido, algunas noches te vistes con los sayos de mamá, y pensé que entre vosotros… ya sabes — el comisario seguía apretando el acelerador y los gritos de Liborio era como maullidos de un gato escaldado.

Manuel no era malo, señor comisario, suplicaba el cartero, pero la negra era la peor, colgaba el retrato del cabrón de Castro al lado del Caudillo, y su marido el Popy cantaba canciones maliciosas por las verbenas, que no hacen daño a nadie, pero estaba de acuerdo en que mejor se callase.

El comisario dio un último pisotón y levantó el pie: el cartero se llevó los dedos a la boca, ante la mirada del jefe de policía que estudiaba detenidamente a Liborio.

—Del Popy no te preocupes, ese tren está en vía muerta.

Liborio se asustó. Popy llevaba varios días desaparecido y aquello se le escapaba de las manos. Las cosas habían cambiado, eso de arrearle cuatro palos al rebelde en el calabocillo había pasado a mayores. Ahora la gente desaparece de la noche a la mañana, y todo el mundo comenzaba a señalarle con el dedo. Manteca miró la mano un poco morada del

cartero, e ironizó que no se lo tomase a mal, que era una broma suya.

—No pienses mal, Liborio —le advirtió al levantarse del sillón para buscar un cartón de Ducados que guardaba bajo llave. Cerró de nuevo el armario y le dijo que se encargase de la cubana y que el maneras de Landeira estuviese callado. Para maneras las de tu hijo, que le gusta más un culo que mojar pan en salsa, pensó Liborio. Luego le dijo que si no ordenaba nada más, señor Bermúdez, él se iba, y salió preocupado por Manuel y el cariz que tomaban las cosas.

Cuesta abajo no paraba de tocar el timbre. La gente no mira, coño, se hacía de noche, y los labriegos, tratantes, echadores de la buena ventura, regresaban a sus casas ocupando toda la calzada, algunas como la tía María, con unas tazas de más.

—Apártate vieja —la anciana ebria y todo, saltó a la acera, levantó la mano y chilló:

—Ahí te mates, maricón.

Cuando llegó a la parada, el ómnibus estaba abarrotado. Arriba en el techo: verduras, cestas con conejos y gallinas desplumadas, circundados por un cielo de cenizas. Adentro: paisanos aplastados contra las ventanas, boinas caladas hasta el entrecejo, deje de fumar tío Antón, coño, que vamos a salir ardiendo. Viejas con mandilón negro, refajo, y las manos en boca y nariz para escabullirse de la halitosis de la señora Tenencia que vaya si tenía las muelas picadas.

Liborio subió la bici al pescante, metió codos y se apretujó contra los parroquianos cerca del conductor, para advertirle:

—Oye, chofer, párame en casa de los Lagoa, que así ya empiezo el reparto por allí.

Las ventanillas empañadas y un cielo turbio de anochecer: las gallinas alborotadas y el humo encharcando los pulmones, que ni cinco minutos pueden dejarlo, coño, se enojaba el conductor. Afuera volvían las nubes desbocadas, jaleadas por el viento, y ya cerca de la casa de Orestes, el

cartero advirtió al del autobús que a ver si se iba a pasar de casa. El conductor respondió:

—A esta velocidad no se preocupe, que podría saltar en marcha —y siguió sorteando baches con la chaqueta colgada de los hombros.

El autobús había superado la cuesta. A cierta distancia se distinguía la casa de los Lagoa y más allá, cerca de la farola de taberna de Che, la figura del chaval Orestes Lagoa. Habían enterrado al abuelo José hacía días, y le tocó al pobre chaval, me falte el cielo, baldear el tiramuertos. No me jodan, si esas son cosas de niños, se cabreó Alfonso Mendes con el cura.

—No te detengas —le dijo Liborio al conductor.

El chofer, molesto, se ajustó la chaqueta de los hombros y refunfuñó:

—Pero en qué coño quedaban, panadero.

Liborio contestó que acababa de recordar que tenía que ponerle una inyección a la mujer del sastre. Luego viendo que el autobús había rebasado a Orestes, que iba de camino de la escuela, añadió:

—Párame rebasado el cruce.

El niño caminaba con la enciclopedia *Álvarez* bajo el brazo. Se había tapado el ojo derecho para no ver la cuneta, donde estaba enterrada la perrita Nieves, y pensó que lo peor vendría cuando le tocase a mamá. Se me pegaba la muerte como el olor de un odre viejo, Manuel. Orestes levantó la cabeza y se preguntó si le llegaría la hora de subirse al autobús de la libertad. En la taberna, la gente se agolpaba para ver el partido del Benfica contra el Real Madrid: los niños desenvolviendo golosinas, escupiendo pipas, mascando chicles, pero qué me importaba a mí la televisión, Alfonso. Siguió el camino. En la tasca nos preguntamos si la cubana daría la clase después de haber desaparecido el Popy, mientras el niño se alejaba renqueante: una astilla de los zuecos se le había incrustado hasta la nuez, pobre chaval, coño. Luego se detuvo

a machacar con una piedra un clavo y pareció que caminaba un poco mejor.

—Eh, Lagoiña.

Orestes dejó de arrastrar sus penas, atrás quedaban los comentarios sobre el Popy, la Guardia Civil y que Eusebio era mejor jugador que Amancio.

—Orestiños.

Orestes despreció de una mirada a aquel tipo de flequillo rubio y jersey verde botella a juego con sus ojos, que tenía en la mano una extraña carta

—Anda, acércate, que no te voy a comer.

—Estoy seguro, los mulos no pacen en cementerios —le dijo el niño, mientras los alazanes pataleaban el cielo sin piedad.

—¿Y tú de dónde sacas tanto dicho, chaval? —Liborio sopesó cómo entrarle al crío, no sería él quién llevase el telegrama—. Si llevas esta carta a tú madre, mañana te daré una buena rebanada de pan caliente y una onza de chocolate.

Qué paliza le dieron, Virgen del Carmen. Hasta la taberna llegaban los gritos de su hermana Angustias, de su madre enferma que se levantó de la cama. Por dios, qué eran todos aquellos gritos, dijo que no hacía ni dos días que habían enterrado al abuelo, y por que sangraba el niño como un cordero degollado. Este, que no ha ido a la escuela, escuchamos gritar a Angustias. Y todo por ver el partido, se entusiasmaba Severino con la desgracia de su hermano.

Cuando llegamos, quien más y quien menos ya conocía la noticia, porque el cartero la había adelantado en la taberna, había encajado la paliza con toda honestidad. Solo entonces abrió el libro y sacó el telegrama para entregárselo a Milagros, tal y como había pactado con Liborio.

Su madre abrió el sobre y cayó fulminada como por un rayo. Las nubes de alazanes descargaron una granizada que tañía en el tejado.

—¡Mamá! —aquel día supo lo que significaba parálisis y qué malo era recibir telegramas en casa de los pobres.

Me lo quedé mirando: tenía un ojo morado. Después vino lo de siempre, me falte el cielo: las plañideras banquito en mano, las copas de anís, el rosario, virgen concebida, el coñac, uno cero perdió el Madrid, los pésames, un hombre tan joven y la niña Finita tan pequeña y tan huérfana, y Lagoa, que a ver ahora de dónde sacaba el dinero para repatriar al muerto. Liborio fumaba

2

Chuco Lagoa pasó al trote por delante de la taberna de Che. Lejos de llevarse la mano al sombrero para saludar, agachó la cabeza y siguió con los hombros cimbreantes por la General a lomos de su vieja yegua. Alfonso recordó cuando Chuco Lagoa sorprendió en el río a Benedicto practicando box, bajo la atenta mirada de los chiquillos. Desde aquel día Lagoa no fue el mismo, siseó. Era como un hombre sin honor, me falte el cielo si los hombres grandes no son así de extraños, dijo Mendes, buen conocedor de la casa Lagoa.

—¿Pero qué pasó aquel día? —preguntó el tabernero y lamentó no estar presente, coño, empezar desde el principio.

Alfonso dijo que pusiera otra ronda. Che así lo hizo, a las tazas aquellas invitaba la casa, dijo, y Alfonso se echó la boina atrás para sorber mejor. Mendes metió la nariz en la taza de ribeiro blanco, sorbió y le hizo méritos a la cosecha: era bueno aquel vino de Arzua. Luego sacó la petaca y puso picadura en la mano y comenzó a liar: tenía el papelillo pegado al labio, que timbraba con la voz:

—A Benedicto no le faltaban maneras— comenzó por decir para ir orientándose—. Pero le fallaba el físico.

Quienes ya sabíamos lo ocurrido aquel domingo cuando Benedicto bailaba alrededor del saco a orillas del río, empezamos a discrepar. ¡Callaros, joder! El tabernero, hastiado, propuso: dejémosle seguir a Alfonso, me cago en la soledad.

Miramos a la mocita Azucena que iba por la carretera. Mendes humedeció el papelillo con la lengua estirando las cejas, y ponderó:

—Tenía mucha potencia, pero le faltaba movilidad y estatura para ser uno de los grandes, no nos engañemos —Alfonso encendió el pitillo.

En efecto, Lagoa era de cuerpo atlético: bien definido de piernas, ancho de hombros y una musculatura hercúlea, pero le faltaba duende, elasticidad, reflejos.

—Pesaba demasiado y siempre tendría el mismo problema, mucho cuerpo y poca estatura —precisó Alfonso.

En la taberna lo teníamos claro: Benedicto era un gran chaval, tenía buena pegada pero nunca sería un superclase. Aquel día había estaba sometiendo al saco a un castigo tan severo que temimos por sus manos, los niños en el río le animaban y Bienvenido sujetaba el saco, a punto de salir volando. Después de tres asaltos había roto el saco y se montó tal jolgorio que nadie se dio cuenta de que se acercaba Chuco Lagoa.

El padre tiró de látigo y se quedó mirando a Orestes.

—¿Pero dime qué educación recibe tu hermano, hombre? —Lagoa tenía el látigo enrollado en la mano en alto—. Date cuenta de la educación que le estas inculcando a tu hermano pequeño.

—Padre, no toque a Benedicto —Orestes se había interpuesto entre padre y hermano.

A todos nos llamó la atención la valentía del chaval, más aficionado a las letras que al boxeo. Luego Chuco Lagoa lloró delante de todos nosotros, me falte el cielo, se me abrieron las carnes, juró Mendes.

—Nunca había tocado a ninguno de sus hijos y le entristeció ver a Orestes intermediando, él no era un tirano, Orestes se desplomó —Alfonso dijo: ponnos otras, Che—. El hombre estaba muy mal, desde que le arruinaron había perdido carácter.

Alfonso propuso salir fuera de la taberna a la sombra del parral, se asfixiaba allí dentro. Nos enseñó los redondeles de sudor en la camisa y el sastre aprovechó para insinuar que la chaqueta de pana era gorda hasta para el invierno.

—Claro, nada que ver con la mierda que vendes tú —se revolvió Mendes y la cosa no pasó de ahí.

Salimos fuera. Las vacas rumiaban, tumbadas a la sombra y por la general aldeanos iban y venían de Carballo.

—Con dios, Pura —saludamos a la madre de Lolo.

— Ahí en la sombra se está bien —respondió ella y siguió con los cántaros de leche en la cabeza.

Nos sentamos en el suelo arrimados a la pared y Mendes volvió al famoso domingo:

—Desde entonces Lagoa cabalgaba como un cowboy herido —observó y vimos a Mendes sonarse, estaba emocionado—.Todo terminó de complicarse un día cuando Benedicto Lagoa bajó del autobús, molido por una paliza propinada por un negro.

Alfonso se echó la boina a los ojos para rascarse el cogote y continuó de nuevo:

—Un guineano afincado en Portugal lo cogió de sparring en la Coruña y se entrenó a fondo con él. Kid Nocco creo que se llamaba.

Mendes, vaya si tenía memoria, recordó luego que serían las nueve de la noche cuando Benedicto se apeó del ómnibus: traía la cara tumefacta: los pómulos hinchados y una ceja cosida. Vaya, exclamó, le faltase el cielo, si no le sobraba afición a Benedicto. A las cinco de la mañana iba Mendes de pesca, lo vio salir con esa bolsa de deportes con aros olímpicos. Llovía, madre de la santísima, ni el día del arca.

—¿A dónde vas, tan pronto, Benedicto?

—A boxear para quitar de la miseria a los míos, Alfonso.

—Era más bueno que el pan, pero no llegará lejos.

Entramos dentro de la tasca. Una nube había sofocado el sol y Mendes no andaba muy allá del reuma, dijo tocándose el codo.

—Pero Benedicto no llegó a…

—¿Cómo que no!

Mendes no dejó al sastre terminar, tiró la boina al suelo, la pisoteó furioso. Luego, mientras la limpiaba, buscó la aprobación del tabernero. Si ya no recordaba, Che, cuando Benedicto bajó del ómnibus. Allí mismo, señaló con el dedo a través del cristal, coño, traía la cara como el Cristo de los olivos, me lo vas a decir tú a mí.

El tabernero puso paz. Mendes tenía razón Adolfo. Estábamos en el mostrador cuando llegó el ómnibus. Al bajar

se cruzó con su padre y con Orestes, el chaval le preguntó quién le había puesto así la cara. ¡Atended!, si hubieseis visto a Orestes tirar el libro a la cuneta para abrazarlo. El tabernero, un gigantón con los dedos gordos como bananas, tomó aliento, se frotó los ojos de la emoción y añadió:

—Me quedé descompuesto, Alfonso —Che recordó a Orestes amenazando puños en alto con matarlos a todos—. Con lo que le gustaban los libros, coño.

El tabernero liquidó la copa de *Terry*. Luego arrancó la malla de la botella. Aún le dolían los oídos al escuchar al chaval, iba detrás de su hermano y le decía:

—No lo permitiré nunca más Benedicto. Dime, ¿quién te pega?

—Buenas cosas le enseñas al niño —se lamentaba el padre.

3

Nos habíamos juntado en la taberna alrededor de la chimenea como cachorrillos arrebujados al aliento cálido de la voz de don Manuel. Crepitaban las piñas, afuera llovía y don Manuel se levantó a limpiar las ventanas empañadas y ponderó que el cura se estaba excediendo:

—No es de buen cristiano ofender a sus semejantes —don Manuel se volvió a sentar, no le gustaban los excesos, ni meterse en terreno de nadie, pero el cura don José no podía sermonear con tan mal gusto a sus feligreses, ni afirmar que por Nublos había mucho cabronazo.

—¡Y menos en funeral! —coincidimos todos.

Eran los funerales de tío Honorio, y el párroco, de un manotazo, había apartado el cáliz poniéndolo todo perdido de vino, salpicando a los Lagoa que estaban en primera fila. Chuco con un junco en la boca, quítate por lo menos el sombrero, susurró Milagros con el velo en la cara. Orestes, con el botón negro cosido en el jersey, apretaba los dientes, aún tenía la cara como entumecida de la videncia que tuvo en la escuela.

—Guarda el cáliz, no acabe en la crisma de alguno —Moncho, el sacristán, obedeció—. Decidme a la cara que voy dejando niñas embarazadas, por ahí. Calláis, claro, sois muy poco hombres. ¡Cobardes!

Benedicto Lagoa se salió de la iglesia, no respondía de sí mismo.

—Qué poco respeto por la iglesia, y vosotros, ¡qué! ¿No os vais con él? —tiró la patena en un rincón del altar.

Don Manuel encendió la pipa. Nervioso, cruzó y descruzó la pierna y con voz afectada afirmó que entre unos y otros al pobre Orestes se le estaba quitando las ganas de leer, de escribir. Se levantó, por la ventana una cortinilla de lluvia cerraba la tarde. Luego, según se sentaba dijo que nunca había visto el odio reflejado en el rostro de Orestes como aquel día.

—¿Vamos a pararle los pies a este ser abyecto? Démosle una lección, ¡levantemos contra este mataperras! —se había plantado delante del altar y chilló—. Mató a mí Nieves, insulta a nuestras madres… ¿Por qué este silencio?

—Sacar de mi vista a este miserable —el cura juró por el altar divino que lo internaría en un reformatorio—. Claro, la culpa no la tiene este pequeño demonio, sino quien le regala diccionarios y le da unos libros para leer que mejor sería quemarlos todos.

—Dígalo, don José —me había acercado a la balaustrada de madera, solo para retirar a Orestes. Bien me conocéis, no era mi intención ser irreverente, pero nunca había visto a Orestes tan fuera de sí

—¡Siéntese, don Manuel!

—Enciérrenos a todos. Llamen a la corte de leguleyos de las grandes salas y ajusticien a todo Nublos —jamás tendría que haber alzado la voz de aquella manera. Sinceramente no sé lo que me pasó, pero apoyé las manos en la balaustrada y clavé mis ojo en el clérigo con una iracundia más propia del cura que de mí—.Ya puestos, encierren al país entero, qué más da.

—Te lo recuerdo, Manuel, estás ofendiendo a la casa del señor.

Los que estábamos aquel día delante de la chimenea recordaremos que el catedrático se agachó para encender una lasquilla de madera en el fuego. Esta muy enojado con su comportamiento. No debí perder las formas.

—Usted es quien ofende de palabra y obra al señor. Dios nunca se sentirá ofendido por quien le ama profundamente, de corazón, sin prebendas —me llevé a Orestes de la iglesia, tendría entonces siete años, nueve como mucho.

—Ale, se acabó la misa, venga, todos a sus casas a cotillear.

—Salimos de la iglesia. Una niebla fantasmagórica cubría la tarde como un velo de novia —precisó don Manuel con aquella manera suya de contar—. Las brañas y montes desa-

parecieron de nuestra vista como en un truco de magia y mi Orestes, ay, señor, se aferró a mi mano y casi me la quiebra, no exageraba, ponderó el don. Volvió a encender la astilla y luego de unas caladas añadió que para más INRI, Orestes había tenido una de aquellas visiones.

—¡Cómo se había puesto la ropa de los domingos, Dios mío! ¡Ni el botón negro se libró de tanto lodo! Madre inmaculada, la que le iba a caer, si nos pillaba su hermana Angustias.

Las hojas podridas atrapadas en el barro, nunca las olvidaría Manuel. Cuántas veces se había reprochado haber sido escéptico. Cuente don Manuel, cuente, le animó Froilán Costa, el veterinario, hijo del capador, muy aficionado a los temas de la mente. Dijo que veía en la noche escarchada los quejidos de Milagros, venía de camino una carta, Manuel y rompería el corazón de mamá, pobre Milagros, su padre, Honorio y la carta y luego el telegrama…, les vinieron todas juntas.

—Anda, anda, que será una de tus falacias —le dije entre incrédulo y curioso, también como sedante—, jugábamos a menudo a las palabras, el chiquillo no estaba bien, al menos aquella cara hinchada algo querría decir. Respondió: Falacia, mentira, trola, truco, engaño, señuelo, ardid, era listo como el hambre, me siguió el juego para restarle importancia y caminamos a casa de Elsa. Manuel golpeó la pipa contra uno de los leños para sacudir la ceniza de la cazoleta. La ceniza son recuerdos, es verdad —Manuel sonrió enseñando el diente de oro. En el ojo de cristal refulgía el fuego.

El catedrático se puso de pie y se acercó al ventanal, la cortinilla de agua daba paso a un cielo harinoso.

El don con su manera de narrar, igual que en las novelas, ponderó que el niño hablaba como despidiéndose de todo. Orestes le propuso que se fugaran juntos. Era invierno, acordaros, y en las zarzas no quedaban más que restos de moras podridas. Una lluvia fría, acristalada, mojaba los tejados.

—Aún tenemos que hablar de los versos endecasílabos, Orestes.

—Llévame a un sitio libre, a mí no me importa que me vean contigo, ni que te llamen amanerado —me tomó de la mano—. Manuel, la poesía me hace débil.

Al don se le empañaron las gafas, se las quitó, y tenía los ojos llorones. Luego mientras se las limpiaba dijo que llegaron a casa de Elsa. En la escuela, Orestes se entretenía bajo los retratos de tiranos, con la bola terráquea. Afuera los niños jugaban a los bandidos mientras Elsa y el catedrático hablaron de París y los poetas malditos. De las flores del mal, vaya con Elsa. El vaso de vino, las colillas rebasaban los bordes de la lata de sardinas. Malditos ejércitos, Manolo. Baja la voz le avisó Manuel, que el niño se queda con todo. Y ella se sirvió más vino, que para eso aún era libre. Hablamos de Rimbaud. Manuel dijo que le parecía excepcional como poeta, indeseable como persona. Ahí tenía al niño terrible, Elsa en la pizarra, hoy casi me quiebra la mano. Le contó Manuel aquella visión del camino y la cubana, como una premonición, dijo:

—Bien sabes, Manolo, mi poco roce con el cartero, pero a modo de saludo, nomás, me dijo que iba a dejar una carta en casa de Lagoa —Manuel afirmó me quedé como si hubiese visto un ángel pasar—. No hace ni media hora.

La cubana encendió un Celtas, soltó una bocanada de ceros y se llenó el vaso de vino. Elsa, cariño, son las diez, le reprendió Manuel apartando la botella. Luego la cubana se levantó a vaciar la lata con las colillas. Mientras golpeaba el cenicero contra el cubo la escuchó sollozar, decir que el Popy nunca volvería. No podemos consentirle al odio gobernar nuestras vidas, Elsa. Macanadas, chico, todos estos de la iglesia solo creen en Paco, no me jodas con tus liturgias, ay, Manuel, perdona, no me hagas caso sí te hablo así.

Manuel atendió por un momento al niño: Orestes dibujaba palomas en la pizarra. Elsa le preguntó en qué pensaba, y Manuel susurró que en bellos imposibles: el Popy libre,

Orestes por Santiago de universitario. Se cogieron la mano y brindaron por la utopía. Machín cantaba angelitos negros, en la calzada chirriaban los ejes de los carros y petardeaba el sidecar del ferrolano: chatarra, crines, lana. Angustias Lagoa pasaba cargada con una barreño de ropa y su melena más larga que la cola de un caballo.

Orestes dejó la pizarra y se acercó al globo terráqueo. Buscaba Nueva York, la isla de Cuba. Si Franco y Castro eran familia suya, Elsa, preguntó, mientras giraba la bola. La cubana le advirtió, no me jodas, si tenía los retratos allí colgados eran para recodar a los dos igual de tiranos e hijos de perra.

—Elsa, no bebas más, caramba, y no le digas esas cosas al niño —se molestó Manuel y la cubana se echó a llorar.

—Mira, Manuel: domicilio desconocido.

Era una carta que Elsa había escrito al Popy a la cárcel y que el cartero había traído de vuelta. Nadie la echaría de allí, a no ser con los pies por delante. Yo no me rindo, Manuel.

—Era una buena maestra, lástima que le gustase tanto la bebida —puntualizó Adolfo, el sastre, y nuestras miradas cayeron sobre él.

Manuel acompañó a Orestes a casa. Sabía que Angustias le zurraría la badana. Primero por lo del cura, después por llegar tarde y tercero por ponerse la ropa perdida de barro. Al llegar a su casa se escondió cerca del pajar, la bicicleta del cartero estaba apoyada en la cancela.

—Huyamos, Manuel, huyamos, no me obligues a entrar —dentro de la casa escuchábamos el tintineo de los vasos y tenedores en la cocina. La voz de Angustias salía y entraba infatigable a gritar:

—Orestes

—Tú lo has visto, Lolo, yo no, Angustias. A este, hoy lo mato.

No quería salir, Manuel tenía la cachimba suspendida en la izquierda. Esperaría el tiempo que fuese necesario para

asaltar la hucha que tenía a medias con su hermano Severino y fugarse. Ya veis lo que tendría, un montón de patacones que no servían para nada. Besaría por última vez a su madre y a descubrir mundo, Manuel. Se golpeó el pecho. Yo solito, autoafirmó. Le dije anda Orestes, no digas eso. Ven, no te escondas, no te va a pasar nada, hombre. Me dijo que quería huir, ser libre. Manuel dijo que su situación era embarazosa, allí en el henil… Por otra parte no quería delatar al chico.

Salió Angustias, enlutada como siempre, hacia Carballo. Su hermana Ausencia, la del lunar como un botón, vivía en Carballo con sus tías las señoronas, e iba a visitarla. Luego salió Benedicto, Bienvenido y su sobrina Azucena, que habían ido de visita. Severino le pidió a Liborio si le dejaba dar una vuelta y el cartero le dijo deja la bicicleta donde está chaval, no la vayas a joder.

—Vamos Orestes, salgamos de aquí.

—Si usted me lo pide no me niego, pero ya verá por lo que voy a pasar.

Salió y entramos a la casa. Milagros buscaba una bocanada de aliento, asfixiada, ya empezaba a estar muy enferma. Trece hijos, qué quieres, Manuel, habló el capador. El catedrático asintió y dijo: la madre de Orestes estaba sentada a la mesa al lado de la ventana, y como un cruce de dagas solares se hendían en la cara: estaba pálida, y nerviosa, jugueteaba con la carta puesta encima de la mesa.

Orestes se puso rígido y yo me asusté. Tenía la cara rígida, temblorosa y amarillenta como la de Milagros. En la cocina olía a formol del último muerto y Orestes se tambaleó como fulgurado por un rayo: carta niña, coche, libro. Nunca más volví a dudar de las cosas que apuntaba en el diario. Enroscado como una pescadilla cuando volvió en sí ya estábamos en casa da meiga. Poco a poco fue recuperando la conciencia: miraba las piernas torcidas da meiga a Bella Mata, mientras la boca verrugosa balbuceaba y escupía.

—Fuxan os ventos, meigas fora. Santa estantía, meigas fora.

—Adiós a la libertad, don Manuel —se ahogaba—.No puedo dejar a Finita sola en esta aldea.

Orestes se abrazó a Manuel, quien le dijo vaya dilema. Luego supimos, como sin querer, que Orestes miraba las puntillas de la enagua que asomaban miedosas bajo el sayo de su madre: observaba a Milagros de la misma manera que cuando su madre abría la puerta azul de corredera: las canillas flácidas y lechosas, los pechos planos estirados hasta el vientre, el olor a urea, a yodo, a medicina. Vaya contraste con el retrato del comedor, me falte el cielo. Qué buena moza era, aseguró Mendes.

Se puso de pie, la meiga le abrazó y le colgó un cordón al cuello con una moneda de dos reales.

—Milagros, este neno teu, trasmite. Yo ya sé que ni el don ni tú creéis en estas cosas, pero este niño, Milagros, transmite.

Orestes levantó la cabeza. Estaba como alucinado, todo le daba vueltas, Manuel

—Nunca te la quites, neno —le dijo a Bella Mata y le dio un poco de pan con mantequilla y azúcar—. Tú no hagas caso neno, algún día el mundo hablará de ti.

Manuel había perdido el ritmo de la historia, de nuevo, arrimado a la ventanas palilleras, su voz sonaba discontinua alterada por el recuerdo. Se volvió a nosotros y continuó:

—Como ya sabéis, la carta era de Emilia, la hermana mayor. La viuda le pedía a su madre que se hiciese cargo de Finita, en cuanto apañe unos cuartos voy a buscarla, madre, quién mejor que tú para saber lo duro que es alejarse de los hijos, madre, pero repatriar el cadáver nos ha dejado a todos sin un duro. Será por poco tiempo…

4

Era el primer día del año en que lucía un sol espléndido. El viento había segado las últimas nubes de un otoño terco como un mulo. Los hombres, por fin, con los sombreros en la cabeza y las camisas remangadas se preparaban para la trilla. La tierra olía a humedad y las pieles de carnero, sacrificados para el San Juan, se curtían al sol, vaya pestazo, sitiando por momentos la atmósfera embelesada. La paja aventada volaba entre cañones irisados y las casas encaladas de un blanco cegador. Las ventanas de par en par soportaban en los alfeizar los colchones de hoja de mazorca al oreo, mientras las mujeres los sacudían enseñando el canalillo de los pechos que rebotaban dentro de los admirables escotes de telas estampadas.

—Madre, me voy a morir de dicha —Orestes cortaba hinojo y capullos de rosas para preparar agua de San Juan—. Luego le doy unas frieguecillas y se me va a quedar como nueva. Qué día tan complaciente, madre.

Milagros le dijo si había comido rabo de lagartija. Ya me he perdido. Cállate un poco, anda, no me vuelvas loca, y siguió con el punto, mientras escuchaba a los otros niños jugar a la pelota, arriba en la pradera de la capilla que esperaban para la catequesis.

—Anda, vete a jugar con los otros niños.

Orestes le dijo:

—Madre, usted no anda bien de la cabeza ¿Quién va a cuidar de usted, señora mía? Además, ¿quién sabe cuándo podré volver a disfrutar de su presencia fuera de la puerta azul?

—Tú si me vas a volver loca con tanta palabrería y tanto no se qué. Cállate, por favor, que ya me he vuelto a perder —el niño dejó el agua de rosas y Milagros siguió calcetando una rebequita azul para su nieta Finita, que pronto llegaría a casa.

-No grite tanto, mamá, no se le vayan a encharcar los pulmones —le sugirió Orestes y su madre le dijo anda corre y tráeme un cazo de agua.

Le llevó el tazón a los labios, puedo sola, cariño, oímos la voz menuda de Milagros, quien agarró el cazo y tragó estruendosamente. Orestes, orgulloso, le guió los cabellos canosos a detrás de las orejas. Venía del río Lágrimas una brisa limpia y los jilgueros llevaban comida a sus crías.

—Estas ventolinas, madre, son bien pesadas —Orestes la besó en los labios—. Unas frieguecillas de agua de San Juan, madre.

—Ay, no Orestiños, me vas a dejar sin piel.

No podía estarse quieto. Se levantó a por uvas. Al volver observó como las ráfagas preñadas de hinojo se habían propasado otra vez con mamá. No se pueden estar quietas, eh, dijo, colocándole los mechones con los dedos y las uñillas sucias como un patatal. Volvió a besar a su madre. Ay, no me babees, se enfurruñaba Milagros y el chaval le acarició la frente, le dijo que no se incomodase, madre, y volvió a las caricias. Tome, madre, uvas maduras, pronto habrá que pisarlas, y casi a la fuerza se las metió en la boca. Tiene que comer si no quiere enfadarme.

—Por dios, qué niño este —protestó Milagros, obligada a tragar.

—No te canses, madre. Déjame ayudarte, a mí me da tiempo a todo, porque soy el mejor, mire qué bola —y forzó aquellos bíceps como un huevo de paloma—. Mira, madre, mira, como los de Benedicto. Te aplastaré con mis puños, viento perverso.

Milagros observó a Orestes amenazar al viento y engatusada esbozó una sonrisa humedecida con una lágrima.

—Por dios —Milagros dejó de lado las agujas y tomó la chaqueta vieja para hacer estambre y seguir calcetando, y pensó si en realidad aquellos libros de Manuel le harían bien al chiquillo—. Toma, vete deshaciendo el estambrado y envuélvelo bien en el ovillo.

Orestes comenzó a tirar del estambre, una chaquetilla azul descolorida, que había sido de Angustias.

—Madre, no le parece que es así como se empiezan a desmembrar las familias —Milagros miró como saltaba el estambre y se santiguó varias veces—. Madre ¿cómo era todo? Cuando aún no éramos pobres.

Milagros suspiró, de verdad, hijo mío, que contigo acabo loca, murmuró con agujas apretadas en los sobacos. Orestes ajeno a los no me entretengas, ni digas más barbaridades, se detuvo, sopló las canas de la cara a su madre, mientras los pechos de Milagros subían y bajaban en deliciosa cadencia.

—Qué bien respira hoy, madre, da gusto —se entusiasmó mientras tiraba del hilo. Luego una nube sombría se paró encima de ellos y preguntó, inseguro—: Madre, ¿somos o no somos desgraciados?

—Ay, de verdad Orestiños, no me extraña que canses a Angustias. Anda, mira, ya vienen los trilladores.

Orestes puso la mano en la frente para evitar el resol. Venían por la carretera Alfonso Mendes y todos los demás, detrás de la trilladora. En la capilla ya no se oían el jolgorio de los niños metidos a catequesis y un efímero silencio reinó en la aldea solo interrumpido por Lola: parrocha fresca, jurel vivo gritaba la pescadera encima de las zuecas, la papada de tiroides.

Se detuvieron en la taberna a darse el penúltimo trago de aguardiente. Ah, ah, y salieron de camino a casa de Lagoa. Habíamos trillado, ya, en casa de Liborio, luego en la era del sastre, después en el corral de Alfonso. Ahora le tocaba a la casa de Lagoa. Así era Nublos, una sociedad de pactos, unos ayudaban a otros y la trilladora la pagaban a escote.

—¿Mamá, este año vamos a quedarnos con trigo para pan?

—No me vuelvas chiflada, niño, ya sabes que el trigo se le vende a Liborio el panadero.

Dios santo cómo le gusta hurgar.

—Entonces somos desgraciados, mamá, no me lo niegue.

El John Deere verde remolcaba la trilladora. Detrás Alfonso y el resto de labradores se gastaban bromas más o

menos pesadas, tira can, no te juegues los morros. Se apartaron a la cuneta, el cura llegaba tarde y les adelantó a toda velocidad levantando una tolva de polvo. Corre, cabrón.

Milagros seguía calcetando bajo un cruce de luminiscencias que se filtraban por entre las hojas de la higuera, movidas por las ventolinas. Los cabellos raídos, otra vez se le fueron a la cara perturbándola de nuevo.

—Este viento qué pesadito es, ¿verdad, madre? —Milagros se impacientó.

—Casi te prefiero cuando estás triste, hijo mío —la madre, al ver al Orestes cómo se compungía, sonrió—. Era broma, tonto —dijo. Después le pidió que no la atosigara más, le dolía un poco la cabeza, y el niño por un momento entristeció.

—Tardó en llegar, pero vaya cómo calienta, Milagros —saludó Alfonso. Ella se le quedó mirando con el ojo guiñado para evitar la claridad, se pasó el pañuelo por la frente y ponderó:

—Ya era hora, Alfonso, el invierno me mataba.

Orestes observó al mejor amigo de Milagros. Llevaba un pañuelo en la cabeza con nudos en las esquinas, y miraba a su madre con tanta suntuosidad que el niño no supo porqué, pero se puso triste. Luego, cuando arrancaron la trilladora, un olor a diesel, a progreso, inundó la aldea y Orestes se acordó del globo terráqueo en la escuela de Elsa. Nueva York.

Arrancaron la maquina: olía a diesel, a progreso. Nueva York: la ciudad de las oportunidades. Seré el escritor de los pobres, pensó Orestes mientras una absurda introversión se fue apoderando de él. Miraba si darse cuenta las pieles transpirar, la paja volar entre brillos platino.

—¡Agua, niño!, deja de encerrarte en ti mismo —le gritó su hermana Angustias con la larga melena atada con varios lazos. La voz de la mandona de la casa ocupó como un eco toda la aldea. Estaba tan afanada apañando trigo, tan pendiente de los movimientos de su hermano Orestes que ni se dio

cuenta de que un pecho azúcar moreno le asomaba por el escote, tieso como un queso de tetilla. Orestes regresó con el botijo a la era, el polvillo le escocía en los ojos. Aquí chaval, él ponía la mano de visera y corría hacia la voz entre persianas de polvo, risas burlonas y codazos maliciosos. Vaya pechito, más atentos a los pezones que a la máquina. El maquinista se tocó de manera inconsciente la bragueta recocida de manchurrones de orina y tierra, y murmuró algo sobre el pitorro del botijo.

Orestes le desairó con la mirada. Después volvió sus ojos al cuerpo bien cincelado de Benedicto, y se preguntó cuándo podría tener aquella musculatura. De buenas ganas hubiese probado sus puños contra aquel deslenguado. Era la primera vez que adivinamos cierto deseo de venganza, comentamos en las postrimerías de la trillada.

—Qué se habrá creído este gañán, Benedicto.

—No hagas caso, Orestes, tonterías de mayores.

Con un golpe de mentón el niño advirtió a su hermana. Ella, apercibida, se apresuró para abotonarse la blusa: seno y medallón del Pilar cohabitaron de nuevo privados de luz.

—Qué miras —con la cara roja como un tizón, Angustias amenazó al maquinista, quien seguía con la vista clavada como alelado—. Pon un poco de cuidado, no te vayas abrasar los ojos con el relumbre del medallón, orate.

—Mirar no ofende —dijo el paisano de la parte de Artes, medio distraído aún. Evidentemente, el trillador ni era de Nublos ni conocía bien a Angustias Lagoa.

Ágil como una pantera, se puso de pie, tiro la trenza atrás sobre la espalda y se abalanzó sobre la presa, agarrándole por la pechera.

—Te lo advierto, mirón de mierda, ten cuidado, no te vaya a quitar los ojos, miserable —le soltó la camiseta y le empujó contra el carro. Era pequeña, de piernas bien torneadas, había heredado el carácter agudo y aguerrido de los Lagoa y la belleza y cordura de su madre, a veces bien disimulada.

Trece años tenía Angustias cuando le tocó tomar el mando de aquella casa a la deriva para gobernarla con mano militar.

—Sigue a lo tuyo, no juegues conmigo, te lo advierto, botarate.

Orestes miraba asombrado a su hermana. Nunca podría con ella, era dura como la madre higuera. No siempre fue Angustias la preciosidad enojada de labios carnosos como melocotones abiertos. Ni muchos menos, aquellos ojos como lunas llenas llegaron casi a derretirse, leyendo poemas de San Juan de la Cruz. Que no leyese hasta tan tarde, solía aconsejarle sor María y al final la monja siempre iba a apagarle la luz para obligarla a dormirse. Angustias sonreía. Era feliz en el internado, disfrutaba de discutir con las monjas de matemáticas y literatura y su carácter era más próximo y sensible a los necesitados y las misiones que al ordeno y mando. Quizás le daba pánico, vaya ironía, a ella amante de la lectura, de un Orestes prematuro lector que se ablandase con aquellas cosas bellas heredadas de Manuel. Orestes carecería si ella no lo remediaba de la fortaleza necesaria para sobrevivir a la saga en declive.

Como si estuviese ante la oración en la escuela se arrodilló ceremoniosa y se persignó por aquellas palabras altisonantes. Angustias se identificaba con el internado, porque a diferencia de otras niñas eligió la ciudad para estudiar. Disfrutaba de la resonancia de las bóvedas cuando leía en voz alta y de la serena introversión, tan propia de los Lagoa, por los pasillos vacíos. Arrodillada siguió apartando el grano de la paja. A gatas fue rastreando hasta el último grano con el vestido subido en el trasero respingón. Mirad qué hermosas, murmuró alguno y ella de nuevo abstraída se apoyaba sobre las manos felinas, ajena a las miradas furtivas. A cada movimiento sus nalgas prietas retemblaban como el resonar de una campana voluptuosa, movimientos alargados de brazo, ora aquí ora allá, no se pierda ni un grano, buenas las estamos pasando. Como una culebra estiró el cuerpo. Cómo iba a

desperdiciar aquellos granos bajo los comederos. Se estiró demasiado y las puntillosas enaguas se asomaron al ver el sol, y más de uno se lo estaba pasando de fiesta.

¡Ay, parad la máquina! El chillido desesperado clamó por toda la era. Angustias, inconsciente, se llevó la mano pudorosa a cubrir la retaguardia, luego miró al trillador que se había pillado la mano con la polea. Los labradores se arremolinaron en torno al herido y gracias a Mendes, quien desactivó la palanca rápido, no se talló el brazo entero, comentó un tal Cabañuelas. Eran muchas siegas a sus espaldas, respondió Alfonso henchido de orgullo.

—Te vas a quedar ciego y manco, ladrón —le acusó Angustias—. Vamos, cada uno a lo suyo.

La chica dispersó a la gente ante la mirada atónita de Orestes. Estaba enfurecida y no iba a admitir ni una chanza más. Cómo había cambiado aquella niña desde que su madre enferma le cedió el bastón de mando, comentarían luego los jornaleros. Con lo simpática que era antes.

El trillador se ahogaba en gritos, Dios santo, qué dolor, los dedos derruidos como pasas, las falanges al descubierto, la cara salpicada en sangre y los nudillos despellejados.

Qué pelmazo, anda atolondrado. Murmuraciones, bromas cargadas de hostilidad, risotadas estentóreas, manos en la boca. Poco le dolían al gañán los dedos destrozados en comparación con el choteo que se traían a su cuenta. Lo están dinamitando sin piedad, ¿por qué tanta crueldad?, se preguntaba Orestes al observar como el gañán se desangraba como un cerdo de matanza, sin que nadie se ocupase de él.

—¿Dónde está la gracia, Angustias? —se dirigió a su hermana.

—¿De qué narices se ríen? —las bromas cesaron en el acto. Las simples agudezas enmudecieron ante la enérgica voz de la chiquilla. Orestes salió disparado, Mendes se puso a rastrillar, Che, el tabernero, cogió el botijo y de espaldas simuló echar un trago, mientras se encogía de risa.

—A ver ahora cómo atiendes tus desvelos. Sin una mano amiga las noches son muy largas —las carcajadas sonaron. Che se atragantó y escupió el agua encima al trillador y Mendes se disculpó:

— Perdóname. Angustias. Si no lo digo, reviento.

—No empiece usted, Alfonso, no me haga perder la paciencia —Angustias clavó la mirada en los ojos de Mendes y se acercó al trillador.

Tomó con delicadeza la mano del maquinista, quien descompuesto rompió a llorar. Se podía haber quedado manco, no se rían, estaba bien jodido, clamaba. Angustias le pasó la mano por el cabello.

—No llores, hombre, trae, no retires la mano —ordenó, y sin perderse en más consuelos, luego de observarle detenidamente entró a la casa y del cuarto de Milagros regresó con vendas y alcohol para curarle la herida.

Hizo lo que pudo. Le desinfectó la mano, se las vendó y le puso el brazo en cabestrillo, mientras Orestes se pasmaba con la entera de su hermana.

—Esto tiene muy mala pinta, te llevaremos al médico.

Salió Angustias camino de la capilla para pedir ayuda al cura, a la salida de la catequesis. A sus espaldas siguió un poco de pitorreo. Después alguien habló de Landeira, eso ya es más serio, me prefiero manco antes de tener cuentas con la justicia. Si no se puede hablar, no se puede, ganas de líos, ponderó el sastre. Angustias escuchó el jolgorio de los chavales a la salida de la iglesia, y pensó debo de darme prisa o se me escapará el Garbanzo.

—Pare, don José, un feligrés de la iglesia de Artes se ha cogido las manos en la polea y debería verlo un médico de Carballo —gritó Angustias. Estaba delante del coche volcada sobre el capó para que no arrancase.

El cura aceleró varias veces en punto muerto y Angustias asustada pegó un salto hacia el lado del conductor.

—¿Y sangra mucho, a ver si me va a poner el coche perdido? —se malhumoró el cura

—Se lo suplico. Llévelo, don José, no le manchará nada, pondremos una manta en los asientos.

—Mucho don José ahora y luego, a espaldas mías, me llamáis Garbanzo Negro. Anda sube, solo sabéis pedir favores, coño —el cura metió primera. Con la mirada recorrió con descaro el cuerpo de Angustias de pies a cabeza deteniéndose lascivo, las gafas muy próximas a los senos. Ay, Angustias, joven como eres, qué bien te iría todo, si no te perdiese el carácter.

5

—¡Segundos fuera! —gritó el juez de silla en el Madison Square Garden de Nueva York.

Cuatro minutos treinta y cuatro segundos duró el primer combate de los teloneros de la velada pactado a la distancia de seis asaltos. No había transcurrido ni medio minuto del segundo asalto, cuando el peso welter americano Louis Vancouver, despachó por la vía del cloroformo al italiano Enrico Gennaro. El Madison aplaudió, pero se notaba que el público esperaba con ansia el combate de fondo entre Ñato Pólvora y Bruno Broa.

La historia del combate entre Gennaro y Vancouver fue breve. Tras el primer asalto de tanteo, en el segundo, Vancouver, el boxeador de Minneapolis, sacó una contra. Un trallazo a la mandíbula capaz de tumbar a un búfalo, terminó con el trasalpino en la enfermería.

—Hay mucha distancia entre el box americano y el europeo, no me cansaré nunca de repetirlo —reiteraba el viejo preparador Pampito mesándose las canas.

El español Bruno Broa le revolvió el pelo al cascarrabias del viejo preparador, luego le tiró suavemente de las orejas y le puso la mano sobre el hombro. Afuera el ruido era atronador.

—Muchas gracias por animarme, hombre, no hay nada mejor como tener amigos, ¿verdad, Biembe? —los de Nublos se rieron y Broa pensó que esa noche acortaría distancias para quitarle la razón al entrenador. Luego bromeó un rato más con Pampito Panamá—. No saldrá corriendo de la esquina, ¿verdad? Nueva York es muy grande, no me fastidie.

El equipo reía con ganas, por un momento los semblantes circunspectos esbozaron una sonrisa mientras afuera los silbidos y el griterío ensordecedor aumentaban de decibelios. Las puertas se abrían y cerraban, continuamente periodistas y

famosos asomaban para saludar al campeón, y tanto trasiego molestó al boxeador.

—Necesito concentración Biembe.

Cerraron con llave. Ya estaba bien de jolgorio, coincidió Pampito, dejémonos de carajadas y vamos a lo que vamos.

—¿Listo campeón?

—Vamos allá, maestro.

Abrieron y el resto del equipo comenzó a salir: uno a uno le fueron chocando la mano. Santos Trinidad le dijo:

—Ahí lo tienes, Bruno, el Madison que siempre soñaste, lleno a reventar, payo; Antoñito impactado por el ambiente, susurró tembloroso.

—No te asustes, campeón.

Qué salga ahorita ese cagón, hombre, gritaban unos. Otros, los más previsores, ocupaban sus localidades. Azucena, pelo corto panizo y traje de pantalón, las manos nerviosas jugaban con el papel del caramelo, mientras esperaba ansiosa en las primeras sillas de ring junto a los retazos de familia del campeón.

El ritual daba comienzo y un silencio que se podría rasgar como la seda entelaba el vestuario. El boxeador sobre la camilla de ruedas esperaba sentado el vendaje de manos. A fuera se agolpaba la gente. Biembe salió a silenciar. Abrió la cerradura y les amenazó con sacarlos a patadas de allí, coño, el campeón necesitaba concentrarse, joder, aunque la verdad sea dicha, Bruno seguía dándole vueltas a la misma historia. Yo por si acaso en tu puta madre, les insultó Biembe, no te jode, estos gringos, no hay Dios quien los entienda. Luego siguió vendando, que lo apretase bien y después empaparemos los vendajes una pizquita, aconsejó Pampito. Y a Biembe le preocupaba, a ver si nos van a andar jodiendo los árbitros, usted haga cuanto yo ordeno, carajo, y de nuevo en el vestuario reinó el silencio. Pues ahí los llevas, si los señores jueces no dicen nada, estas manos son como de escayola, ahora, algo dirán, menudos cabrones, afirmó el ayudante, protector de

mujeres descarriadas, después de empastar las vendas húmedas con varios rollos de esparadrapo.

Frente al espejo, Broa tiraba toda suerte de combinaciones, rota cintura, hacía sombra.

—No te olvides de cambiar la guardia, de zurdo el Ñato se las traga mejor —corrigió Pampito y le calzó las guantillas para golpear las manoplas que se había puesto Biembe. Pa pa pa pa pan restallaban los golpes en las manoplas de cuero y crin. Se movía, rectificaba y corregía persiguiendo a Biembe con golpes precisos a los protectores de cuero. El ayudante subía, bajaba manos y tiraba golpes. El campeón los esquivaba trabajando los reflejos, había roto a sudar y sus puños salían rápidos, como a la velocidad del sonido.

—Alto —Pampito detuvo el calentamiento para limpiarle el rostro con una toalla y de nuevo le dio vaselina—. Inviértame la guardia, póngase de zurdo, Bruno. No se le olvide, que ahí puede tener la pelea, ¿o.k.? Pegamos y salimos, nada de ir a intercambiar golpes, eso no le conviene.

El campeón le dijo no ande preocupado, Pampito, y le preguntó si ya habían visto a sus hermanos y cómo eran sus caras, si estaban muy ojerosas aún. ¿Cuántos habían encontrado, maestro?

—Tus hermanos están bien, deja de darle a la noria, carajo, te juegas el campeonato, compadre —el preparador bajó la mirada para no ver la mirada desahuciada en el rostro cariacontecido del pupilo—.Pues están más mayores, como todos nosotros, y deja esa vaina ya, que van a entrar los referís.

El silencio se hizo más tenso. Pampito se armó de valor para enfrentar su mirada a la del campeón, no admitía chanzas, ni despistes, intentaban decir aquellos ojos cuando los nudillos sonaron en la puerta. Biembe se apresuró a correr la llave. Los árbitros entraron de sopetón con pantalones negros y camisa a rayas blancas, con pajarita. Uno era neoyorkino, rudo y de antebrazos fuertes, tenía una barriga prominente y en la cara venillas azulonas. El otro, el finlandés, era un rubio

macilento, de pelo escaso y piel mantecosa. Querían una pelea limpia, no olviden que son dos campeones del mundo y deben dar ejemplo, dijo el americano, que se manejaba bien en castellano, luego de comprobar los vendajes. Están un poco duros, eh, pero lo dejaremos correr. El finlandés se frotaba las manos como un cura de convento, parecía afeminado y no dejaba de esbozar una estúpida sonrisa. No le gustaba aquel marica, tenía pinta de usurero, pensaba Biembe.

—Mis abuelos, ser de Valladolid —recalcó el americano, mis padres ya nacieron aquí—. Me gusta mucho España.

Los mariachis se arrancaron con un corrido que se filtraba amortiguado en el gimnasio. La letra de las canciones se sobreponían roncas a las trompetas ya desafinadas. La cuenta atrás había empezado.

—Va ser un combate difícil, no se dejen influenciar por el ambiente —Broa se le quedó mirando al finlandés melifluo, estaba seguro que algún punto les iba a quitar, no le gustaba aquella sonrisa, ni sus continuas genuflexiones—. Suerte para todos.